Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 8

San José, Costa Rica **1926** Sábado 28 de Agosto

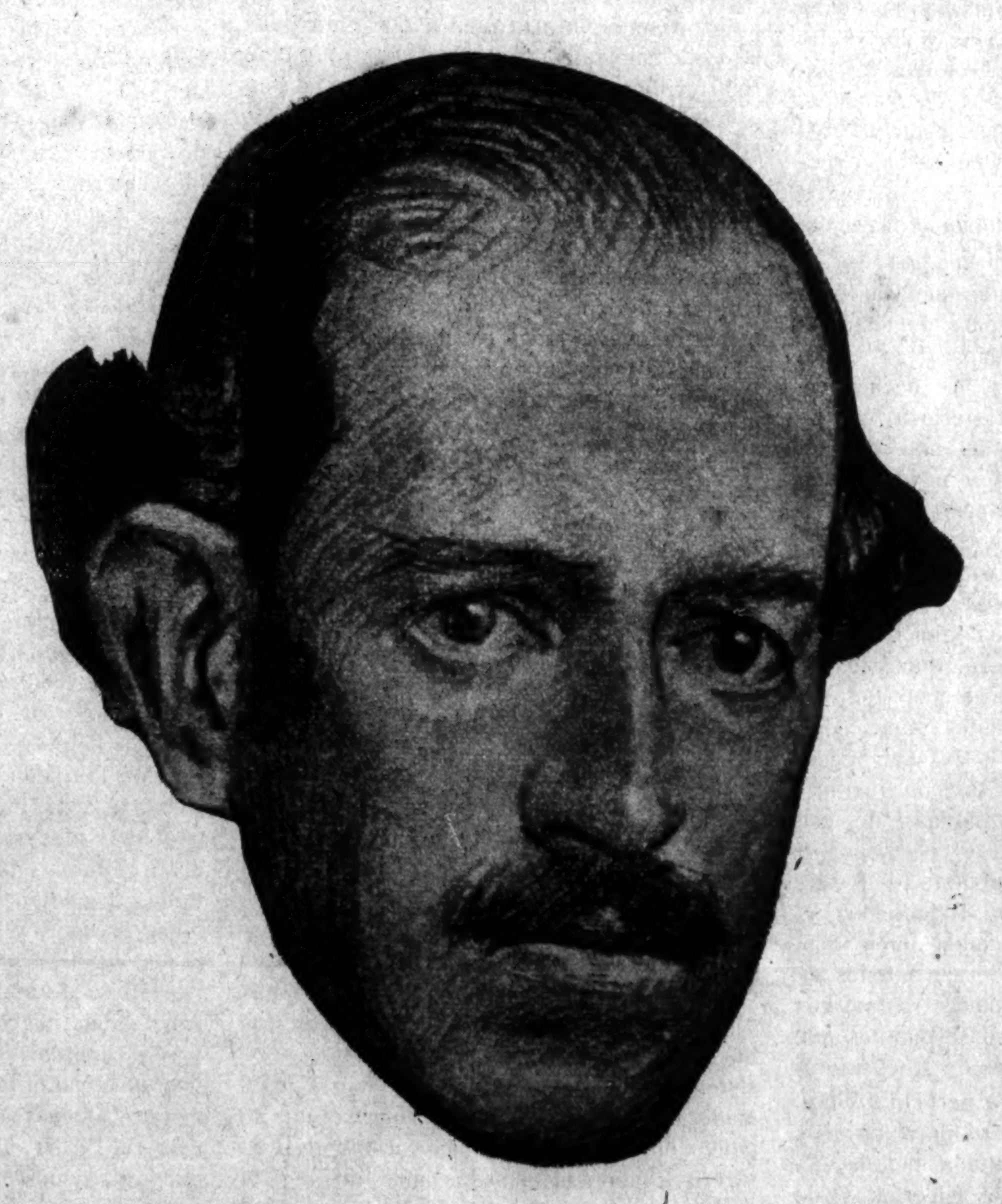
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El poeta Guillermo Valencia*, por B. Sanín Cano.—*Diciéndole adiós a la señorita Esther de Mèzerville*, por Tomás Fernández Bolandi.—*Los santones de Marruecos*, por Ramiro de Maeztu.—*Vidas del corral*, por Max Jiménez.—*Los rumanos y sus tierras*, por Vasile Stoica.—*El homenaje a Rubén Darío*.—*Constantino Meunier*, por Gabriela Mistral.—*Página lírica* de Manuel Segura.—*Crítica Americana*, por Rafael Estrada.—*Carta* de Gris.—*Los obreros de Lima solicitan el* Repertorio.—*Flores Pequeñas*, por gm.—*La evolución social de México*, por Enrique José Varona.—*El mapa estético de América*, por José Vasconcelos.—*Al Guadalquivir*, por Juan E. O'Leary.—*Al margen del telégrafo*.—La Edad de Oro: *¡Malpocado!*, por Valle Inclán. *Hylas* por J. E. Rodó.

El poeta Guillermo Valencia

=Prólogo a la nueva edición de *Ritos*: Editorial Excelsior, París.=

El año 1896 la capital colombiana oyó hablar por primera vez de Guillermo Valencia a causa de un incidente parlamentario insignificante y ruidoso. Una mayoría intolerante necesitaba dar el ejemplo de una votación abrumadora en que no contaban con el asentimiento de Valencia. Era menester eliminar ese voto para que no lo poseyese la minoría. Se suscitó entonces la cuestión relativa a la edad del poeta. Querían descalificarlo porque no tenía los veinticinco años requeridos por la ley para ser investido de las prerrogativas de representante del pueblo. En efecto, no tenía entonces veinticinco años. Era fácil probarlo, pero la misma edad temprana del diputado, su prestancia, la aureola que empezaba a formarle su inteligencia, desarmaron a los promotores de este sacrificio. Pasado el incidente, era Valencia una figura nacional. Lo habría sido por unas semanas si no hubiera tenido más méritos que la precocidad y la apostura. Tenía, sin embargo, una sensibilidad nueva que desenvolver y ampliar a los ojos de los bárbaros. Tenía un espíritu preparado para recibir en labor tumultuosa las nuevas ideas de su tiempo y para reflejarlas en una obra poética donde hay páginas que devuelven el brillo de las antorchas con que fué anunciada hace treinta años un buena nueva.



Cuando terminó esa labor parlamentaria, el espíritu de Valencia se difundió por los cenáculos literarios de Bogotá en busca de las ideas que agitaban el mundo de las letras. Había en esos momentos una fermentación de las ideas, complicada con los signos inequívocos de una renovación substancial en las formas. Acababa de morir Silva, cuya acción sobre la vida intelectual bogotana había sido la del más poderoso excitante. Se habían formado cenáculos. Había solitarios empeñados en recoger dentro de su cerebro las ondas hertzianas del movimiento intelectual del mundo. Era un momento en que estudiar parecía un nuevo vicio inventado para destruir una raza, y en que el objeto más bello de la vida había sido concentrado en la ardua, complicada y destructora labor de pensar. En ese medio Valencia encontró por instantes su natural habitáculo. Conforme a la distribución geográfica de las deformaciones intelectuales, allí se tocaban las zonas del liquen religioso clasificado por Juan de Dios Uribe y las líneas isotérmicas de ese mar interior de cuyas algas se exhalan los venenos de la inteligencia:

Oh, mère qui crèas en ton sein juste et fort
Calices balançant la future fiole,
Des grandes fleurs avec la balsamique mort
Pour le poète las que la vie ètiole,

repetía Valencia revolviendo sus ojos pequeños, húmedos y mórbidamente luminosos, sobre el paisaje sentimental frecuentado por la bohemia de aquellos generosos días.

En 1898 vino a Europa. Puede cualquiera figurarse cómo recibió por todos los poros las ideas y los sentimientos de que estaba entonces impregnada la atmósfera cultural. No consentía que forma ninguna de arte le fuera extraña. Su forma natural de expresión artística es el verso; pero la música, la estatuaria, la pintura, le hacen vibrar con vehemencia sonora. La música y la pintura muy especialmente; de la primera se vale a menudo para ensanchar el mundo de su sensibilidad y

para enriquecer sus metáforas; de su amor inteligente a las artes del color y de la línea, dan testimonio en este volumen la emoción viva que suscitan en su ánimo el autorretrato de Boecklin y la Melancolía de Durero. Volvió al país en momentos en que el vértigo de pasiones contenidas y de injusticias escabrosas había dividido a la Nación en dos campos armados, dispuestos a obrar el exterminio en las formas más dolorosas y exrañas. Tomó parte en la lucha de gladiadores, porque no les era posible en esos momentos desempeñar el papel de espectadores, ni aun a los filósofos idealistas. El mundo era voluntad más bien que representación.

La guerra terminó de súbito. Valencia volvió a su provincia. Y aquí es necesario apoyar un poco sobre el vigor adquisitivo de su inteligencia y sobre el influjo que en ella ejercen los hombres y los libros. Es constante que el trasegar por sistemas filosóficos, aplicándoles con esmero la lente convexa de las propias impresiones, acaba por desengañar de las teorías y por inducirnos a encontrar plausibles todas las explicaciones del Universo. Sucede, también, que las lecturas copiosas, en espíritus capaces de someterlas al análisis de la experiencia personal, les quitan a los libros su poder virulento sobre la propia inteligencia.

Valencia ha recorrido el mapa histórico de la filosofía con la mirada escudriñadora del que quiere orientarse para dominar los puntos salientes del territorio. Pero el escudriñar menudamente no le ha hecho perder de vista la estrella misteriosa que se posó en Belén. Las filosofías son para él ciertas o plausibles en cuanto no destruyen el imperativo categórico firmado con sangre sobre el Calvario. Y con todo, algunos libros impíos le atraen con fascinaciones irresistibles. Algunos heterodoxos de la hora presente han tenido el privilegio de señalarle rumbos en la existencia. Abandonar la capital colombiana e irse a dedicar toda su actividad y cariño a las gentes, ideas e intereses de su ciudad natal, fué un pensamiento que le sobrecogió, sin poder remediarlo, al leer las últimas páginas de ese libro en que Mauricio Barrés pormenoriza la psicología de los desplantados. Desde entoncer vive en Popayán. Estudiemos el ambiente de la antigua ciudad a quien le ha dedicado Valencia, a más de sus anhelos de ciudadano, hermosas estancias marmóreas de un sentido recóndito. Los españoles que entraron por el Sur a tierras de Nueva Granada toparon en la primera parte del curso del río Cauca con un verdadero paraíso. Habían pasado por la montaña helada, celosa y abrupta, en viaje de miserias y de desesperación. Cayeron de repente en un clima benigno, en una tierra levemente ondulada, fácil a los cultivos, surcada de varias corrientes, cubierta de flores y de hermosos árboles. Allí fundaron un pueblo, cuyas agitaciones posteriores labran hondo surco en la historia de la comarca. Ha sido un almácigo de grandes hombres. De allí han salido varones a regir la Iglesia colombiana, a llevar el peso del Gobierno civil, a dirigir campañas de fama horripilante, a sacudir el candor de las multitudes cuando el fuego de la oratorla era elemento de dominio, a difundir enseñanzas vitales por todo el haz de la patria. Una atmósfera tibia, una temperatura constante, sensibilizan exquisitamente los nervios. La vecindad de los altos montes y los volcanes, la dirección de los vientos, tienen de continuo la atmósfera en máxima tensión eléctrica, que se descarga periódica y frecuentemente sobre el poblado en sonoras y luminosas tempestades. Los cerebros parece que se resintieran de la presencia del fluído: son vivaces, explosivos, luminosos. La ciudad tiene vínculos de hierro con el pasado, a tiempo que carece casi de medios de comunicación con el resto del mundo. Su situación, la mentalidad de sus hijos, la riqueza ubérrima de la comarca le han convencido de que se basta a sí misma. Las glorias del pasado español las ha hecho propias, y el espíritu maleante de sus vecinos ha señalado en su recinto la piedra que cubre los restos inmortales del Ingenioso Hidalgo. Esta ciudad ama a Valencia con un cariño exclusivo. Le llama «su» poeta y le ha condecorado.

El haber nacido en ella no es el solo rasgo que le califica de vate popayanejo. Hay entre él y su ambiente predilecto marcadas consonancias. En esa ciudad riñen batalla cotidiana el pasado, el presente y el porvenir. Esa lucha es el estado de espíritu más discernible en Valencia. Es un poeta alejandrino. Señalemos los distintivos de la condición mental designada en filosofía y en literatura con el nombre de «alejandrismo».

«L'alexandrinisme» —dice Faguet— «c'est la tendance a un repos relatif après une période d'agitation». El crítico normaliano estuvo lejos de ser preciso al ofrecer esta definición en el estudio finísimo e interesante, destinado a fijar las líneas esenciales de un estado de espíritu, local por su primera manifestación y universal por sus periódicas reapariciones. La palabra «relativo» parece agregada por el crítico al revisar las pruebas de imprenta; parece agregada por un alejandrino sobre el manuscrito de un filósofo positivista. El alejandrinismo es el resultado de una vida de agitación, producida en los espíritus por choque de varias civilizaciones. Es una predisposición a hallar plausibles todas las teorías y a trazar las líneas sinuosas en que se enlazan todos los sistemas que se contradicen. Ocurre esta manera de ver las cosas siempre que se ponen en pugna dos o más formas de cultura, y cuando el espíritu sufre de la necesidad generosa de,

Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo.

Tal predisposición trae consigo una sensibilidad hiperestética, una capacidad de percibir preferentemente las medias tintas, las ideas evanescentes, los conceptos que oscilan muellemente entre la verdad y el error. La sensibilidad del alejandrino está en pugna cotidiana con el «bárbaro» [1]. Su estado permanente le predispone a sentir que tiene

la frente en llamas y los pies entre el lodo.

Para acomodar las formas de expresión a la intimidad de sus sensaciones y fijar los matices más sutiles de ellas, el alejandrino ha obrado siempre transformaciones sobre el coloquio vulgar que ha recibido en herencia. Franz Susemihl, en su *Historia de la literatura griega en la Epoca Alejandrina*, señala con estas palabras la transformación del dialecto ático: «La lengua griega misma, tomando poco a poco un carácter esencialmente distinto, pasó (bajo el influjo de numerosos escritores no griegos de origen, o griegos sólo a medias), de las formas áticas a las formas comunes, que se le habían adherido, pero que no eran en modo alguno una mera corrupción del ático, sino más bien una vegetación nueva, aunque no rigurosamente sana, que se distinguía de la antigua, especialmente por una coloración abstracta y rica en formas, al mismo tiempo que por la invasión de nuevas voces compuestas y derivadas y de voluntarios errores gramaticales». Si no se tratara del siglo III o IV de nuestra Era, podríamos presumir que este largo período del historiador alemán era una crítica risueña del modernismo hispanoamericano. Añade Susemihl que una de las cuestiones ardientes en la primera mitad del siglo tercero se expresaba en la alternativa de si «los círculos de la poesía estaban colmados, o si era posible diseñar una expectativa para los poetas modernos». Antes de seguir citando a este grave autor, importa hacer presente que escribió hace veinte años, cuando las contiendas del buen sentido o del gusto servil no habían sido reñidas por el modernismo.

Otro de los caracteres del alejandrinismo, según Susemilhl, es la aparición en la poesía de la nota íntima y personal.

Hay, además, un detalle de la época señalado por este autor, que nos lleva de la mano a fijar en cifras históricas la reintegración de Valencia a sus patrios solares. «Toda la vida espiritual se refugió en las pequeñas monarquías donde el lazo común de la religión y las costumbres helénicas antiguas le cedían el paso a un cosmopolitismo invasor, y en las cuales el individuo podía, para su propia educación y para el desarrollo de sus intereses, seguir su personal iniciativa con menos trabas que en las viejas repúblicas». «La mayor parte de los poetas alejandrinos se limitaron, con sentimiento adecuado, a la poesia del contenido estrecho y en ella lograron crear mucho nuevo y genuinamente poético, especialmente en la descripción de la vida intelectual interior (individuellen Seelenlebens), en la graciosa representación de tiernas, sentimentales y apasionadas sensaciones».

Oigamos a Valencia:

1. «Gegen die Barbaren» es la dedicatoria de las traducciones que forman parte característica de la primera edición de sus versos.

Resurja ya el paisaje cubierto de neblina
que a los fulgores trémulos de lumbre vespertina
mis ojos vieron con amor,

buscando consonancias para mi sér enfermo
sobre la tierra estéril de aquel infausto yermo
lleno de musgos y de horror.

—

Yo cifro el mudo lago de la Melancolía...

«El individuo—sigue diciendo Susemihl—se refugiaba en su interior, y esta inconmovilidad del espíritu, la apatía o ataraxia era la más alta mira del esfuerzo humano»[1].

En *Las Cigüeñas Blancas*, en *Los Camellos*, los poemas de más honda y tranquila visión intelectual que debemos a Valencia, está calcada como adrede esta sentencia del crítico alemán.

La nota característica de la poesía de Valencia es su predilección por los tonos suaves y las sensaciones vagas, casi inexpresables; es su timbre más definido para figurar entre los alejandrinos.

Su color favorito es el blanco o el gris; cuando sube un poco en la gama de los tonos vivos, se complace en las suavidades del azul. Cuando echa mano de colores más intensos, es en frases que le son adversas, como él mismo dice, o para evocar con el contraste matices más delicados. *Los Camellos* y *Las Cigüeñas* son una orgía de blanco, y no sólo en los colores, sino en las sensaciones del tacto, en los sonidos y perfumes, su sensibilidad parece limitada a lo exquisitamente atenuado. El silencio, las sombras, el recuerdo, los ecos mudos, frecuentan su poesía como una antigua mansión abandonada:

Oir los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas, amar los incensarios.

—

Exangüe como un mármol de la dorada Atenas.

—

La que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías.

—

La luna como un nimbo de Dios, desde el Oriente,
dibuja sobre el llano la forma evanescente.

—

Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente,
el gris del turbio anochecer.

Es digno de notar en estas citas el trueque de las sensaciones. El sentido de la vista le suministra al del oído términos para enriquecer la gama de las sensaciones. El procedimiento, rigurosamente alejandrino, les ha sido increpado a los poetas modernistas con igual amargura que ineptitud. A más de corresponder a un estado de alma alejandrino es uno de los recursos del espíritu humano para enriquecer las lenguas. *Suave*, corresponde originalmente a una sensación de tacto: la lengua ha expandido su significación aplicándola a todas las otras sensaciones. *Leve*, es sensación tactil por exceiencia; el sonido, el color han menester este calificativo para aumentar sus aplicaciones a la descripción de finos matices. *Dulce*, que es un calificativo del gusto, ha traspuesto su significado para servirles a los otros sentidos.

Una nota característica se agrega sin esfuerzo a estas consideraciones. Es la predilección de Valencia por ciertas épocas históricas y por los paisajes del Oriente. San Antonio y el Centauro dialogan en Oriente sobre la transmutación de valores morales que se iba verificando en el momento en que desaparecía una manera de ver el mundo. El paisale y el concepto son manifiestamente alejandrinos. Palemón el Estilista contempla desde su columna la transformación completa de las ideas por las que se regía el mundo antiguo.

* *

Las traducciones contenidas en este volumen de poesía, entre las cuales hay varias inéditas, documentan la sensibilidad del poeta, con la misma precisión que sus obras originales. Algunas de ellas son un verdadero milagro de reproducción. El símbolo de vastos alcances escondido entre las armonías esotéricas del *Señor de la Isla*, de Stefan George, aparece con todo su prestigio en la versión insuperable de Valencia. El *Sueño Vivido*, de Hofmannsthal, es otra maravilla de transcripción. *César Borgia*, de Verlaine, no ha podido ganar un intérprete más concienzudo ni más hábil.

En algunos casos la eficacia de su palabra acendra el mérito del original, como cuando pone en verso castellano un apólogo de Machado de Asís.

El instinto del conocimiento, que en Valencia asume proporciones tiránicas en frente de las otras funciones vitales, le ha ido arrebatando, sin duda, la propensión a fijar en rimas complicadas el treno de sus sensaciones. La capacidad asimilativa y el placer de adquirir nuevas nociones en el trato con los hombres y con los libros, desvía, tal vez, las fuentes de inspiración. Sus amigos le suponen entregado en este momento a la meditación de un poema dionisíaco en que quiere resumir completamente su noción de la vida. Con esa obra y sin ella, la poesía hispano-americana les ofrecerá el nombre de Valencia a los críticos del porvenir para determinar el influjo que en esas comarcas ejercieron las corrientes renovadoras en los últimos días del siglo XIX [1].

B. SANÍN CANO

(De *Nosotros*.
Buenos Aires)

—

1. Un crítico anónimo, comentando estas opiniones cuando aparecieron en *La Revista de América*, se dejó llevar al extremo de confundir el preciosismo con el alejandrinismo, para defender al poeta del cargo de preciosismo que nadie le había hecho. No es posible tomar uno por otro estos dos conceptos después de haber fijado el punto de vista y el de distancia en la perspectiva histórica.

1. El señor Troconis, joven escritor colombiano, más afecto a las arremetidas dialéticas del polemista que al frío análisis de la crítica moderna, ha escrito largas páginas no exentas de calor comunicativo para poner frente a mis anhelos de comprender a Valencia su celosa admiración del poeta colombiano. El joven polemista no está conforme con que se describa con caracteres alejandrinos la inteligencia y la poesía de Valencia. Desecha las nociones de Susemihl, porque, a falta de otras consideraciones y por propia confesión, no había leído su obra. Excelente recurso dialéctico para eliminar el pensamiento de un contradictor incómodo. El señor Troconis, apesar de las citas que contiene el anterior análisis, afirma que Valencia es el poeta de las sensaciones vigorosas y de los tonos fuertes. Cita como ejemplos, indudablemente muy bien traídos, el *Anarcos* y los *Crucificados*. Evidentemente estas dos composiciones y alguna o algunas otras podrían citarse como ejemplo de fuerza en el concepto y en la forma; pero antes de Valencia se habían hecho poesías de ese género y ellas no caracterizan su manera más íntima y personal. Sin embargo, antes de Valencia no se habían escrito poesías como *Cigüeñas Blancas*. No se puede juzgar a Zola por *le Rêve*, ni está todo Goethe en las melancolías delicuescentes del *Werther*. Con todo, estos no son sino puntos de vista. El señor Troconis puede tener razón. Un gran poeta es como el maná del desierto: en sus estrofas encuentran los diversos lectores el mantenimiento que requiere su organismo espiritual. El objeto de esta nota es principalmente desvanecer la impresión creada por las palabras del señor Troconis y de otros polemistas menos francos, de que al decir yo que Valencia es alejandrino quise mermarle mérito a su obra de cincelador insuperable o ponerle límites a la admiración que siempre me han inspirado su gran corazón y su magnífica y variada inteligencia.

Diciéndole adiós

a la excelente educadora, señorita Esther de Mezerville



La noticia de la próxima ausencia de Estercita (1) y de su muy respetada y querida madre conmovió profundamente los sentimientos de la sociedad, provocando en los grupos de educandas que durante más de 25 años estuvieron bajo la protección de sus expertas aptitudes, toda clase de comentarios y desasosiegos, basados estos últimos en la intranquilidad del porvenir, en la contemplación de una posible pérdida irreparable. Y esa ansiedad culminó en una serie de manifestaciones sociales que eran otros tantos brotes del cariño, del aprecio hacia la educadora de varias generaciones que hoy, diseminadas en el país, son honra y prez de la cultura nacional. Hoy una fiesta escolar dada en su honor, atraía la atención del ambiente social; mañana, una improvisada *soirée* constituyó los deleites de los aficionados al arte de Terpsícore, en el que ella también lucía sus aptitudes; ora la Sociedad Teosófica se unía para hacerle sentir su honda estima, pues a esa institución consagró gran parte de sus actividades; ya una comida de sus comprofesores, todos abstemios, dada en el salón de uno de los hoteles, fué ocasión propicia para que se deslizara la plática ligera, la dulce charla, y se mezclaran las manifestaciones del pesar más sentido por alejamiento tan inevitable como doloroso. Y allí, al calor de la franca amistad, bajo los efectos enaltecedores de los himnos de Costa Rica y de Francia, de las frases de despedida de uno de sus comprofesores y de ella misma, se ahogaron las irrupciones de un pesar hondamente sentido. Llegó el día de la partida. ¡Cómo antes de salir el tren llegaban a la estación las gentiles pupilas en precipitado andar, solicitando el abrazo cariñoso de la que había sido por tantos años su mejor consejera! ¡Cómo se dió cita allí la representación social más imponente que de nuestra *élite* se haya visto! ¡Y cómo olvidar el abigarrado conjunto de ramilletes, que en precioso contraste con el elegante vestir de nuestras damas, formaba un improvisado campo de indecible belleza, que jamás habrá de desvanecerse en el correr de nuestra vida! ¡Adiós, adiós!, eran las voces más salientes; y repercutían de boca en boca, ahogándose muchas veces tales exhalaciones, contenidas por el sentimiento.

Salió el tren lentamente, en medio de aquella algarabía. Por las ventanillas, todo el grupo de acompañantes de ella, que iban en el carro especial que la conducía, batían las manos, despidiéndose del público, que por su parte agitaba en alto sus pañuelos, oscilaba sus sombreros; y quienes fruncían el ceño para domeñar las naturales expansiones de un sentimiento abatido.

Aquel carro, repleto del elemento docente más allegado a ella, se convirtió en un cuasi paraíso. Por todas partes flores, guirnaldas, preciosos *bouquets*, colocados por manos femeninas, que es como decir de arte, con delicado gusto, exhalando sus fragantes perfumes, para aumentar, si fuera dable, el ~~natural con~~ que la naturaleza dotara a la mujer.

Todo el trayecto hasta Limón transcurrió en un dulce holgorio: el uno dirigía a su apreciable compañera una broma, que provocaba una ligera sonrisa; el de más acá admiraba los preciosos panoramas que se ostentaban a diestra y siniestra de la línea, como si Dios hubiese querido tejer expresamente de naturales y delicadas alfombras el camino que la alejaba de ésta tan querida tierra para ella; el de más allá comentaba a su sabor los acontecimientos del día; acullá alguien improvisaba canciones como para ahuyentar toda tristeza; y grupos había que no daban tregua al yantar suculento para reponer las fuerzas perdidas. Pero en todo este teje y maneje, quien con un poco de perspicacia auscultara aquella multitud de intelectuales, habría sorprendido en ellos un fondo de profunda melancolía indescifrable, un malestar de inconformidad con los designios de la suerte, que en hora tan poco propicia alejaba de aquí la preciosa colaboración de Estercita, a quien recordará Costa Rica siempre con cariño, porque no hay casi institución de mejora social y educativa en donde su oportuna colaboración no se hiciese sentir, siempre con la dulzura de su temperamento, sin amaine de su carácter; siempre con la insinuación atinada seguida de la eficacia de su triunfo.

Cada cual la recomendaba que no olvidara a Costa Rica, pues si alguna patria había era el lugar en donde estaban sus afectos, en donde había podido ser comprendida; y ella, risueña a veces, en ocasiones llorosa, replicaba, como tenía que ser, negando la posibilidad de un olvido semejante.

La hora fatal se aproximaba; la vista del mar despertó admiración, y gritos y emociones de dolor se dejaron oír. Limón estaba a las puertas.

Los pasajeros aprestaron sus equipajes y después de sacudir el polvo del camino, aquella multitud de comprofesores rodeó a su predilecta compañera, quien presidió el desfile hacia el muelle. El *Pastores*, anclado a su vera, majestuoso por su grandeza y obligada serenidad, imponía un aire de quietud y de melancolía a aquel momento que tan aceleradamente se aproximaba. El oleaje del intranquilo mar de entonces abatía reciamente a aquella inmensa mole flotante, que resistía semejantes embates, mientras en nuestros espíritus se libraba otra gran batalla entre las embravecidas envestidas de nuestros sentimientos lastimados y la coraza no siempre invulnerable de nuestra fortaleza de ánimo.

Principió el desamarre de los chicotes y el trajín del ir y venir de las personas urgidas; el puente levadizo iba a ser retirado y la multitud observaba desde el muelle todos esos movimientos con el semblante contrito, sin perder de vista a Estercita y a su muy querida madre, que desde estribor alcanzaban a ver a todos aquellos compañeros tan queridos, con quienes habían compartido a menudo todas sus alegrías y todas sus tristezas.

Los últimos adioses se oían de boca en boca. Lágrimas incontables rodaron por muchas de aquellas mejillas y sollozos mal reprimidos se escucharon, denotando lo apremiante del momento. De cada pecho salía una manifestación de pesar, un adiós efusivo. El *Pastores* levó anclas... y con el señorío de su propia grandeza, principió a romper las olas, deslizándose suavemente sobre ellas, dejando tras de sí amplia estela, que grabada en nuestras mentes, había de perdurar... Y así se fué alejando más y más, en medio del constante aleteo de pañuelos y de sombreros con que se despedía a Estercita y a su digna compañera, manifestaciones que no cesaron sino cuando nuestras vistas no alcanzaron más a delinear sus perfiles en el horizonte.

Avanzaba el *Pastores*, llevándose a otras playas a seres que tanto se hicieron querer, que tanto bueno realizaron aquí; y cuando ya sólo los penachos de humo columbrábamos en lontananza, una filosofía momentánea nos hizo volver de aquel aletargamiento de nuestra sensibilidad. En la vida, sembrar es construír; sacrificarse es perfeccionarse. Dichosa Estercita, que supo entrar en posesión de tales secretos de la vida y a semejanza del *Pastores*, dejar su brillante estela de imperecederas gratitudes!

TOMÁS FERNÁNDEZ BOLANDI

San José, de Costa Rica.

(1) A principios de julio pasado salió de Costa Rica. En Niza reside hoy.

Los santones de Marruecos

Para llegar a comprender un poco el pueblo de Marruecos, hemos de partir de un postulado difícil de concebir entre europeos, y es el de que en Marruecos no hay instituciones políticas, ni económicas, porque todas sus instituciones son de carácter religioso. Y el conocimiento de las instituciones de Marruecos implica: primero, el del Islam; segundo, el de las sectas marroquíes, y tercero, el de los santones del país. De estos tres estudios creo que ninguno resultará tan fascinador para los españoles como el de los santones. Oyendo las cosas de los santones de Marruecos parece que se escucha una voz lejana que nos evoca nuestras propias supersticiones de pasados tiempos.

Constantemente oimos hablar de los santones de Marruecos como si se tratase de la cosa más natural del mundo; mejor dicho, como si se tratase de un rasgo característico de la religión mahometana. Hasta que he leído el estudio que ha dedicado a los santones de Marruecos un profesor de la Universidad de Ginebra, M. Edouard Montet, no he sabido que se trata de un fenómeno característico de Marruecos, completamente ajeno a la religión musulmana. Debí sospecharlo, aun sin necesidad de conocer el asunto, porque el monoteísmo estricto del Islam es totalmente extraño al culto de los santos, por lo que no ha de extrañar a nadie que ni los musulmanes a la antigua ni los modernistas o liberales presten la menor atención al culto de los santones, que no puede justificarse en el Korán, ni en las enseñanzas de Mahoma.

El culto de los santones es propio de Marruecos. Se les llama, si son varones, Sidi o Muley, señor o soberano; pero si son mujeres, lai-la, que es la palabra que en lengua bereber significa mujer. En Marruecos ha habido, y hay todavía, innumerable cantidad de santos. Ningún signo intrínseco los delata. Es la multitud quien les atribuye la santidad, como consecuencia de sus servicios y milagros, reales o supuestos. Parece que hubo santones mucho antes de que llegara el mahometismo al país. Procopio habla del culto que los bereberes profesaban a sus magos y a las profetisas que les revelaban el porvenir. Fué en el siglo XVI, que fué para Marruecos, como reacción a la victoria de los cristianos en España, un siglo de fanatismo religioso, cuando surgieron a miles los zelotes del Islam, hombres y mujeres, que con palabra ardiente y excesiva mostraban su celo religioso. El pueblo les dió reputación de santos.

Lo mismo sucede ahora. No es generalmente necesario sino que alguien exprese su fanatismo con palabras y gestos vehementes para que el pueblo pueda hacerle santón. El camino de la santidad suele ser el del fanatismo. Santones fueron los que hicieron la guerra contra los franceses en 1908, y probablemente ya se habrá descubierto la boca de otros santones en los sucesos de julio último. La razón de ello es que en los pueblos mahometanos no existe diferencia entre los poderes civil y religioso. A un viajero francés se le decía en Bu-el-Yad, en 1883: «Aquí no hay ni Sultán, ni Majzén; sólo Alah y Sidi ben Dau». El santón era la única autoridad, espiritual y temporal, en doce leguas a la redonda.

Hasta primeros de siglo era el personaje más importante de Yebala el santón Sidi-Mohamed el Idiota. El mahometismo suele considerar la locura como uno de los signos de la gracia divina. Pero Sidi-Mohamed tenía la particularidad de comer guisos raros. En su plato favorito se mezclaban la miel, el salvado, la manteca, el *kuskus*, los pelos y la tierra, y el santón ofrecía de su plato a cuantos fieles iban a verle, en busca de que les trasmitiese la gracia.

Este es el rasgo fundamental de los santones. El pueblo les atribuye la posesión de la gracia divina y la facultad de trasmitirla a voluntad. La trasmisión se efectúa, generalmente, por la saliva. De aquí la costumbre de los santones de escupir en la boca a sus discípulos, así como a todos los que van a pedirles la *baraka*. Esta gracia les permite hacer milagros, como el de hallarse simultáneamente en diversos lugares, a veces después de muertos; el de secar los mares y los ríos o hacer brotar las aguas en desiertos; el de hacer concebir a mujeres estériles o hacer hablar a los pájaros y a los ríos o convertir el agua en miel y los metales en polvo, ahuyentar a los malos espíritus, curar los enfermos o multiplicar los panes. Pero el milagro favorito es el de ser invulnerables a las armas enemigas y trasmitir a los fieles su invulnerabilidad. Muley el Hasen decía a los soldados que combatían a los franceses en 1908: «No temáis las balas. Si os hieren se convertirán en dátiles y agua de rosas os manará de las heridas».

Adivinan también el porvenir. Uno de ellos profetizó desde el siglo XIII que los españoles llegarían a Tetuán. Otro anunció, en cambio, que los franceses irían a Wazan y a Alcazarquivir, y lo primero ha resultado cierto; pero no lo segundo. Estos errores no son obstáculo para que el pueblo les colme de presentes, no sólo a ellos, sino, a veces, también a sus descendientes durante varias generaciones. A veces basta con haber sido recibido en la morada de un santón afamado para tener fama de santón y recibir los honores correspondientes, porque el pueblo les besa el borde de su vestido, los estribos y las huellas de los pies.

Estos santones son objeto de leyendas no exentas de poesía. Sidi el-Abes se acerca un día a las puertas de la ciudad de Marrakech. Antes de cruzarlas pidió permiso a los santones que habitaban en ella. Los santones sabían muy bien de quién se trataba, porque su reputación le había precedido, y por respuesta le enviaron una escudilla, llena hasta los bordes de agua, con el mensaje de que, cuando lograse echar más agua en ella, podría cruzar las puertas de la ciudad. Bel-Abes entendió que había ya bastantes santones en la ciudad; pero cogió una rosa, la secó al sol, la metió en la escudilla y no sólo recobró su color, sino que que absorbió parte del agua. Los santones comprendieron la respuesta y le dejaron entrar en la ciudad.

Pero también hay proverbios que aconsejan a los moros huir de los santones. Uno de ellos dice: «Cuántos de aquellos a cuyas tumbas se hacen peregrinaciones arden en el infierno». Otro dice: «Cuídate de las mujeres por delante; de los ratones, por debajo, y de los santones por todas partes». Es que muchos de ellos han vivido vidas inmorales. La santidad no es necesariamente la bondad *in excelsis*, sino meramente la posesión de la gracia, sin necesidad de mérito alguno.

También hay santones de conducta ejemplar, pero otros son meramente fanáticos, otros son místicos, afines a nuestros «alumbrados», otros son semejantes a nuestros brujos y otros, finalmente, no necesitan para serlo sino el haber recibido la gracia de un santón afamado o ser sus descendientes.

Nada nos interesa tanto como conocer bien los santones vivos y muertos de nuestra zona. Por querer hacer obras junto a un santuario afamado se encendió la guerra del 93, lo que prueba que los santones muertos no son menos peligrosos que los vivos. Unos y otros son, al mismo tiempo, los caciques y los dioses penates del país.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid).

Vidas del corral

Una vez había un gallo; lo vendió su ama a una vecina; recibió por el bípedo muchos reales, reconocido como era, lo bien que llenaba su cometido; con aquel animal, gallinas poco preocupadas de su obligación se convertían en dechado de pródiga fecundidad.

Aquel gallo, que lo era de patio, en el nuevo corral se fué tornando desganado, taciturno; peleche, sus cantares alarmaban el gallinero; eran gritos desesperados; lo perturbaba, lo estaba matando otro, otro gallo que toda la vida se la pasaba encima de la chimenea vecina. ¡Ah! si bajara, bien le iría...!

Una aurora lo vió más preocupado que de costumbre. En un acto de violencia se lanzó contra el de la chimenea; las pobres alas arraladas de sufrir, de nada le sirvieron: dió contra el suelo en forma brutal. Agonizante, hacía ruidos extraños, y lo peor, a las gallinas poco les importaba que muriera aquel inútil.

Su última mirada, de odio, fué, contra quel maldito, tranquilo, eternamente sobre la chimenea. ¡Ah! si bajara... ¿pero él? se moría... se moría...

MAX JIMÉNEZ

San José, Costa Rica.

Los rumanos y sus tierras

Por el Prof. VASILE STOICA

La raza rumana habita hoy absolutamente el mismo territorio habitado por los dacios en tiempo de Cristo. Ocupa toda el área de la antigua provincia de Dacia y tiene como 15.000,000 de habitantes. Los pueblos rumanos de hoy son:

1. El reino rumano anterior a la guerra entre los Cárpatos, el Pruth, el Danubio y el Mar Negro. Una área de 53,668 millas cuadradas, con una población de 8.000,000, de los cuales 7.500,000 son rumanos.

2. Transilvania, los condados adyacentes y el Banat, provincias ocupadas hasta noviembre de 1918 por Hungría, entre los Cárpatos, el Tisa, (Theiss) y el Danubio: una área de 46,332 millas cuadradas, con 5.000,000 de habitantes, de los cuales 3.800,000 son rumanos.

3. Bucovina, quitada a Rumania (Moldavia) por Austria en 1775, entre los Cárpatos, el Czeremosz, el Dniester y el límite noroeste del Reino de Rumania, antes de 1914: una área de 4,028 millas cuadradas, con más de 300,000 rumanos.

4. Besarabia, quitada por Rusia en 1812, entre el Pruth, el Dniester y el Mar Negro: una área de 17,000 millas cuadradas, con una población de 3.000,000, de los cuales más de 2.000,000 eran rumanos. Como 600,000 rumanos están diseminados entre los ríos Dniester y Bug.

5. El ángulo Danubio-Timok-Morava, al nordeste de Serbia: una área de 2,500 millas cuadradas, con una población rumana como de 274,000 habitantes.

6. Macedonia y Tesalia, donde la rama macedonia de los rumanos está diseminada en una gran área, con unos 500,000 habitantr.

II

Origen de la Historia medioeval

La lengua de los rumanos es de origen latino, hermana de la italiana, francesa, española y portuguesa, especialmente afín de la italiana. La nación rumana en sí es el resultado de la poderosa colonización romana en Dacia.

Los dacios fueron conquistados entre 101 y 105 antes de Cristo por el Emperador Trajano, quien repobló el país con colonos de Italia y de otras partes del Imperio Romano. De la fusión de estos colonos romanos y de la población dacia, fué constituída Rumania en nación. La provincia romana de Dacia-Trajana disfrutó de gran prosperidad hasta el año 271 de nuestra Era. Sus pobladores construyeron grandes ciudades, y, lo que es más importante, romanizaron completamente todo el elemento indígena, implantando en el bárbaro territorio de los dacios la poderosa civilización latina. Pero hordas de bárbaros estuvieron invadiendo las fronteras del Imperio romano, y en 271 de nuestra Era, el Emperador Aurelio retiró las legiones romanas, a través del Danubio, a la provincia de Moesia. La población romanizada de Dacia buscó refugio desde las planicies y por entre los inaccesibles Cárpatos, hacia la actual Transilvania, que constituía el centro de la provincia. Entre 271 y 896, naciones bárbaras se derramaban hacia el sur y el oeste en los planos del Danubio, pero la población romana se mantuvo firme en su fortaleza de Transilvania. Era como una roca en medio de un gran rio, las aguas del cual se derramaban hacia abajo, barriendo cuanto encontraban a su paso. Al final del siglo IX vino la última raza bárbara, los húngaros. Ellos cruzaron los Cárpatos del nordeste y ocuparon todo el plano entre el Theiss y el Danubio y entre los años 1000 y 1300, penetraron hasta Transilvania. Pero Transilvania, el centro de Dacia, la fortaleza montañosa de la población romana, estaba organizada en pequeños ducados que resistieron por mucho tiempo la poderosa organización militar de los invasores húngaros. Los reyes húngaros fueron compelidos a conceder a este país una organización especial, haciéndolo absolutamente autónomo sobre las bases de sus propias reglas y leyes, y fueron compelidos a conformarse con sólo una soberanía nominal. Transilvania era gobernada por un príncipe,—Voidvod—con la ayuda de la nobleza, compuesta de rumanos y unas pocas guardias húngaras, los así llamados *Szeklers*. Los reyes húngaros trajeron luego colonos alemanes, los así llamados *Sajones*, de Transilvania, cuyo nombre no tiene, sin embargo, ninguna relación con los anglosajones. La nobleza húngara fué penetrando poco a poco al país y comenzó a ejercer una fuerte opresión contra la población rumana, conquistó por entero la nobleza, convirtió en siervos a casi toda la población rumana. En 1437 los húngaros sajones y *Szeklers*, constituyeron una fuerte unión, *Unio trium nationum*, para mantener a los rumanos bajo su yugo. Una parte de la nobleza rumana de Transilvania, que a fines del siglo XIII y comienzos del XIV sufría a causa de las persecuciones continuas de los húngaros, abandonó el país y organizaron del otro lado de los Cárpatos, los principados de Valaquia y Moldavia, de los cuales fué constituída Rumanía en 1859. La cuna, pues, de la nación rumana, no son los planos de Rumanía previos a la Gran Guerra, sino la fortaleza montañosa de Transilvania.

III

Rumania: Valaquia y Moldavia

Los dos principiados rumanos se desarrollaron muy pronto. Desgraciadamente la invasión turca que comenzó en la Península balkánica al final del siglo XIV, les impidió constituir parte creadora en el gran desarrollo cultural de la Europa del Renacimiento. Los rumanos fueron por cuatro siglos los guardianes contra la destrucción de los turcos y los tártaros, y como sus antecesores, los primeros colonos romanos, se sostuvieron contra las invasiones de los siglos II y III.

Bajo el gobierno de *Mirtcha el Viejo*, Valaquia no sólo estuvo bien organizada, sino que constituyó un considerable poder militar. Mirtcha peleó con los serbios en la gran batalla de Kosovo en 1389, donde la libertad de Serbia fué sojuzgada por más de cuatro siglos, pero aún después de la infortunada batalla pudo conservar intacta la independencia de su país. En 1394 Mirtcha, solo, derrotó en Rovina los ejércitos de Bayazed Ilderim, y fué tan sólo cuando los grandes ejércitos aliados de las Naciones Cristianas mandados por el Emperador Segismundo fueron derrotados en Nicopoli, en 1396, que convino en entrar en negociaciones con los turcos, manteniendo siempre la independencia de Valaquia.

Mirtcha también derrotó al vasallo bizantino Dobrotitch y conquistó la Dobrudja actual, tomando después el título de «Príncipe de Valaquia y Señor de Silistra y de la Tierra del Gran Mar».

Moldavia fué organizada primero por el *Príncipe Bogdan* (1359-1365), quien ganó su independencia al final del siglo XIV. En 1392 se extendía al este hacía el río Dniester y el Mar Negro y su gobernante *Román Mushat* (1391-1394), se llamó «Príncipe de Moldavia, desde los Montes Cárpatos hasta el Mar». El gran organizador del país, fué, sin embargo, *Alejandro el Bueno*, (1400-1433), bajo cuyo gobierno estableció Moldavia estrechas relaciones con Polonia y con la civilización occidental.

Los turcos pronto abatieron la resistencia de Valaquia y amenazaron con invadir a Moldavia y luego volverse con todo su poder hacia el oeste. Afortunadamente para Moldavia, por este tiempo ocupaba su trono un hombre que es no sólo considerado como uno de los mejores gobernantes rumanos, sino también como uno de los más grandes héroes del cristianismo, *Estéban, el Grande*, (1457-1504). Constantinopla cayó en poder de los turcos en 1475 y los ejércitos de Mohammed marchaban victoriosamente hacia el oeste y el norte. Estéban rechazó todas sus invasiones, así como las de los tártaros que atacaban a Moldavia desde el Este. En 1475 obtuvo una victoria sobre los ejércitos de Mohammed en Podul Inalt, que ha sido considerada como la mayor victoria alcanzada contra los turcos hasta ese tiempo. En los años que siguieron, derrotó, uno después del otro, a todos los ejércitos turcos, de modo que éstos se vieron compelidos a renunciar a todo ataque contra Moldavia. El polaco Chronicler Duglosz lo propuso como jefe de la Gran Cruzada cristiana. Desgraciadamente los gobernantes cristianos no le prestaron a Esteban ninguna ayuda. Antes bien, lo atacaron. En 1467 aplastó en Baia los ejércitos del rey húngaro Mathews Corvin y anexó a Moldavia partes importantes de Transilvania. En 1497 derrotó al rey polaco Jan Alberto y anexó a Pocutia, la Galicia sud-

oriental de hoy. Durante su vida tuvo 40 guerras, de las cuales perdió sólo dos.

Pero después de su muerte Moldavia también quedó sometida a la soberanía de Turquía. Disfrutó de prosperidad sólo bajo el gobierno de Pedro Raresh (1527-1541), quien en 1529 derrotó los ejércitos austriacos de Fernando y logró unir a Moldavia con la mayor parte de Transilvania.

Durante los siglos XVI y XVII ambos principados rumanos, aunque autónomos, estuvieron a merced de los pashás turcos y de sus ejércitos merodeadores que peleaban con el Imperio germano y el Reino polaco. La personalidad más luminosa de toda esta época dolorosa fué *Miguel el Bravo* (1593-1601), Príncipe de Valaquia. Después de destruir las fuerzas turcas en varias batallas, aun en la márgen derecha del Danubio, y de haberlos aplastado completamente en la famosa batalla de Calugareni (1595), este hombre extraordinario cruzó los Cárpatos en 1599, derrotó los ejércitos húngaros, ocupó Transilvania y en 1600 también ocupó Moldavia, uniendo a todos los rumanos por primera vez desde la época de los romanos, y reconstituyendo la unidad de Dacia. Fué la mano aleve de austriacos y húngaros la que destruyó el sueño de unión porque luchaban los rumanos desde hacía cuatro siglos y por el cual combatieron tan heroicamente durante la Gran Guerra de 1914-1918. Mercenarios austriacos y húngaros asesinaron al Príncipe Miguel en agosto de 1601.

Como por 1700, cuando el poder turco comenzó a declinar, los principados rumanos siguieron incidentalmente la política de Rusia y de Austria. El desgraciado resultado fué que después del infortunío del Czar Pedro el Grande en Stanilesti, en 1711, el príncipe moldavo *Demetrio Cantemir* (1710-1711), tuvo que huir a Rusia; el príncipe valaco *Constantino Brancovan* (1688-1714), fué conducido a Constantinopla y decapitado junto con sus tres hijos y su yerno; y los dos países comenzaron a ser administrados por príncipes designados por los sultanes de entre los griegos de uno de los suburbios de Constantinopla, el Phanar. La llamada *Época Fanariota* (1712-1821), constituye la parte más triste y fatídica de la historia rumana. La administración de los Tronos rumanos por estos tenientes griegos no fué otra cosa que un pillaje organizado.

Durante esta época la rumanos sufrieron dos de sus más sensibles pérdidas. En 1775, después de la segunda partición de Polonia, por soborno y engaño de Austria contra los gobernantes turcos y rusos, desintegró la Alta Moldavia que llamó después «Bucovina», la cual contiene la mayor parte de las reliquias de la vida nacional rumana.

En 1812 siguió Rusia el mismo ejemplo. Sobornando a los delegados turcos Morouzi y Ghalib Bey, se apoderó de media Moldavia, el territorio entre el Pruth y el Dniester, que llamó «Besarabia», la cual, desde que comenzó a figurar en la historia, no fué sino territorio moldavo-rumano.

La Revolución Francesa lanzó varias olas tan distantes como las márgenes del Danubio y los Cárpatos. En 1784 los rumanos de Transilvania se sublevaron contra sus opresores y el espíritu revolucionario y el concepto de dignidad nacional se apoderó en poco tiempo de todos los rumanos. En 1821, bajo Tudor Vladimiresco, todos los rumanos de Valaquia se sublevaron contra sus gobernantes griegos, y los moldavos se unieron al movimiento. Los rumanos de las tres provincias, Moldavia, Valaquia y Transilvania, comenzaron a pedir la unión en un solo Estado. En 1821 dejaron los turcos de enviar tenientes fanariotas a los principados y designaban gobernadores de entre la nobleza rumana. Las ideas liberales del oeste, así como el descontento producido por las frecuentes ocupaciones rusas, culminaron en una nueva Revolución en 1848, en que los rumanos de Transilvania también se sublevaron contra sus opresores húngaros. Europa atendió sus quejas sólo después de la Guerra de Crimea (1856), cuando permitió una organización idéntica a los dos países y aun restituyó a Moldavia la parte meridional de Besarabia. En 1859 los dos principados se unificaron y constituyeron la moderna Rumanía, eligiendo como mandatario a *Alexander Ion Couza* (1859-1866), bajo cuyo gobierno realizó el nuevo Estado sus más importantes reformas y dió sus mayores pasos hacia su moderna organización europea.

En 1886 abdicó Alexander Ion Couza con el fin de evitar complicaciones internacionales y un Príncipe extranjero, Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen (1866-1914), fué elegido en su lugar. Por el lado materno era un pariente de Napoleón III.

En 1877-78 Rumanía tomó parte en la guerra Ruso-Turca y es bien sabido que sólo a los grandes esfuerzos del pequeño ejército rumano se debe que las fuerzas rusas no fueran destrozadas en Plevna. Rumanía conquistó su independencia, pero conservó un amargo rencor contra Rusia, la que en compensación de su valiosa ayuda en los campos de batalla, se apoderó de la Besarabia meridional. En 1881 Rumanía se constituyó en Reino.

En 1913 tomó parte en la segunda guerra balkánica y obtuvo una rectificación de su límite meridional en la Dobrudja. Bajo el mando del Rey Carlos y de un grupo de grandes patriotas como Cogalniceanu, Rossetti, Bratianu, Alexandri, Negri y otros, llegó a ser Rumanía, en los últimos cuarenta años, uno de los países más florecientes de Europa.

En 1914 murió el Rey Carlos y el trono fué ocupado por su sobrino Fernando el Leal, como lo llamaron los franceses por su actitud hacia la causa de la raza rumana y por su espíritu humanitario durante la gran guerra.

(De *The Roumanian Question*, Versión de J. C. Sotillo Picornell).

Nota.—La breve referencia geográfica e histórica que publicamos en este número acerca de Rumanía, país de origen latino tan poco conocido del mundo hispano-parlante y tan digno de serlo por su poderosa tradición étnica e idiomática, tan sólo se propone la mejor inteligencia de ulteriores artículos que aparecerán en el REPERTORIO y que para él han sido traducidos expresamente.

El Editor.

El homenaje a Rubén Darío

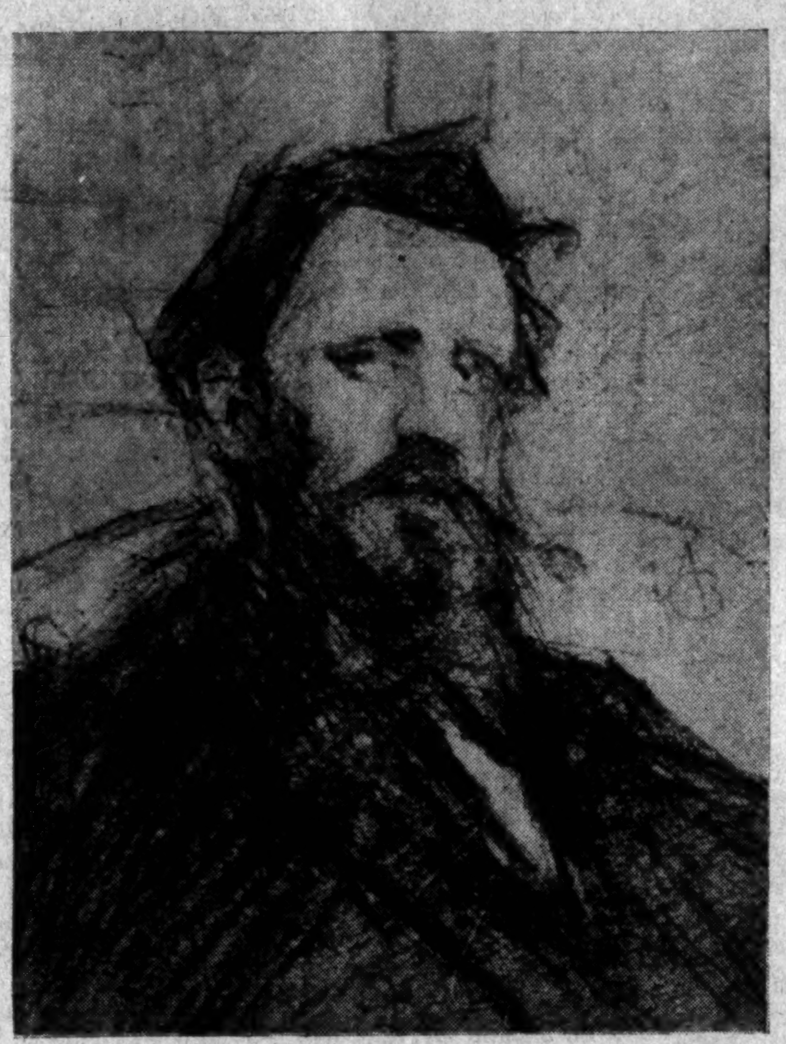
Se realizó ayer [1] en acto público la imposición del nombre de Rubén Darío a una plaza de esta ciudad. Es un homenaje que nuestra metrópoli debía al gran poeta, que la amó y la cantó, y en cuyo ambiente se completó su espíritu y se definió en su originalidad total su carácter literario. No es para nosotros Rubén Darío un escritor extra jero. Los años más fecundos de su vida transcurrieron en Buenos Aires, y aquí dió origen a un movimiento de ideas artísticas que influyó profundamente en el desarrollo espiritual y cobró una repercusión considerable en todo el Continente y en España. En efecto, su influencia en la literatura poética de los países hispanoparlantes ha sido extraordinaria y aun se advierte en la obra actual de los artistas. Pero, aparte de esos aspectos de su personalidad inconfundible, que han contribuido para darle una boga tan prolongada y una popularidad tan sólida, tiene nuestro pueblo motivos de otra índole para evocar su recuerdo con gratitud: Rubén Darío profesó siempre un amor intenso por la Argentina y ese sentimiento aparece en sus poesías más bellas. Consagró a nuestros héroes nacionales y se asoció a la celebración del primer centenario de la República con el canto admirable, que no es posible leer sin emoción. Este hombre, de fino gusto estético, fué así un poeta patriótico de nuestro país, en el sentido más elevado. Y particularmente se complacía en alabar esta ciudad, que amaba con un afecto hondo y constante y la proclamaba en sus artículos y en su conversación. Esa alabanza continua era el reflejo de su nostalgia de Buenos Aires, que recordaba invariablemente con ternura en su vida de París. Bien merece, por lo tanto, el gran poeta que una plaza lleve su nombre y atestigüe de este modo su vinculación con la historia de nuestro progreso intelectual.

(*La Nación*, Buenos Aires).

1. Domingo, 4 de julio pasado.

Constantino Meunier

=*El Universal*, México, D. F.=



Constantino Meunier

Por X. Mellery

Constantino Meunier nació en 1831 en este barrio de Etterbeck (Bruselas) en que yo he vivido. Fisonomía austera y sin belleza; algo tiene, en un retrato, de cabeza de rabino. Descuido de obrero en la barba, y en el vestido, el signo visible del trabajador manual también aparece.

Se dice de él que tuvo dos vidas (todos las tenemos), la primera, del tanteo, un poco debilidad, un poco amor discordante de las numerosas criaturas; la segunda, de la clavadura de la flecha en el punto del mundo (del pensamiento) separado para nosotros, que nadie nos roba. Pero la vacilación es larga en Constantino Meunier; durante la juventud y la edad madura, él vagabundea entre la pintura y la escultura sin saber bien si vino a decir el mundo de Dios como color y forma o sólo como forma. Estudia en la Academia de Bruselas, copia, como todo ahijado del clasicismo, cabezas y cabezas griegas y romanas. ¡Pero caen con demasiada donosura—con la geometría de la hiedra—esos rizos de Atenas! Un día piensa:—«¡Al diablo la técnica!» Los pintores tienen ademanes más atrevidos que los escultores con los Apolos, y se va con ellos.

De su amigo, Charles Degroux le viene mucho contagio. Sus biógrafos anotan, al lado de ésta, sólo la influencia fuerte de Millet, el que pintó los dorsos trabajadores contra el cielo.

Hace motivos religiosos, dibujos, insinuaciones. Se casa, y el sostener mujer sin miseria lo vuelve obrero industrial, dibujante de vitrales, copista de cuadros famosos para el señor A o Z, que pagan siempre lo que quieren y nunca lo que pueden.

Un día el escritor belga Camilo Lemonnier lo invita a ilustrar su libro *Bélgica* y, para esto, a viajar por la región más apretada de industrias del país, el Borinage, «país negro» con el cielo rayado de chimeneas como el de los Estados Unidos; región de la mina, tan horrible como vital, de la que vive el mundo. Meunier encuentra en el infierno, como el Dante, sus materiales. Caminando entre mineros y cargadores, él descubre el cuerpo humano que vino a decir.

La región hullera va entrando en el ojo del hombre bruselés, con su polvareda que ennegrece desde la garganta del minero hasta la piedra de los edificios. Él se entrega a la región como el pintor de marinas entrega sus potencias al mar: así da Meunier el ojo al color doloroso y el olfato al aire áspero. La visión mudó al hombre, volteó su alma como el hortelano voltea algunas ramas y las hace brotar por las cabezas. Se llenaba de apuntes su cuaderno, para las ilustraciones del libro de Lemonnier, pero no iba a salir de allí eso solamente, sino una estatuaria nueva en la época: la escultura del obrero moderno que alguno había insinuado solamente sin llegar a esta realización.

De regreso del Borinage, Meunier no se pone todavía al trabajo que en su conciencia ha decidido: fué enviado a España para copiar en Sevilla un cuadro del pintor flamenco Pedro Campana. ¿Cómo fué que la Andalucía africana no le vació de los ojos las aguas fuertes del «país negro»? Meunier no aparece rechazando el paisaje nuevo, ni hay quien pueda rechazar la luz del Mediterráneo. El pinta en España durante seis meses cuadros de costumbres, pero su interés sigue hincado en los cuerpos de los trabajadores. Desde allá escribe a su mujer las cartas que le han revelado la ternura que escondía el hombre taciturno.

Regresa a Bélgica y da comienzo, a los cincuenta años, a lo que sus biógrafos llamaran su «segunda vida». Uno por uno van saliendo de sus manos los hombres de dominio que son sus trabajadores. El tiene un gran sueño: hacer el *Monumento del Trabajo* con cuatro altos relieves por caras y las figuras aisladas, el *Fundidor*, el *Minero inclinado*, el *Forjador* y la *Maternidad*. Entre éstos una sola figura de pie, el *Sembrador*, como que es el hombre primero.

Otros trabajos que daban de comer tuvieron que interrumpir éste, y las figuras han quedado derramadas por parques y museos belgas.

¿Cómo son los obreros de Meunier? ¿Cómo le fué revelado a su ojo sobrenatural el trabajo de los hombres? Algunos creen ver en ellos la rebeldía; señalan una que otra boca que grita, algún brazo que quiere castigar. No me parece a mí manchada de tendencia esta obra. En el *Sembrador* hay serenidad, y aun más, hay una majestad del hombre que es dueño de la tierra por la cual camina. Todo él es seguridad en las fuerzas naturales, y además de seguridad, dominio, en el gesto de la boca y en el brazo que derrama el germen.

En los muelles de su gran puerto de Amberes, él recoge entre la multitud los músculos de su *Descargador*. Nada en el cuerpo de este hombre está vencido; la actitud es ágil y hasta (aunque la palabra asombre) elegante. El semblante duro y los miembros tienen la justa soberbia del que vacía el vientre de los navíos y cuyo lomo carga las frutas tropicales. El *Desbastador de lingotes* blande el martillo también con una fuerza de dueño.

El *Barretero*, apegado a la veta, tiene, ese sí, la actitud de un desafío rabioso con la piedra: son dos fieras que se muerden, la bestia fría de metal y el hombre lleno de coraje.

Es en los grupos donde el dolor hincha completamente el bronce. Entre ellos yo prefiero *La Gleba*. Dos figuras curvadas: la fatalidad de la carne que es tierra, la fatalidad de ser hombre, es decir, un pedazo de surco enderezado en la luz y que apenas recibe de ésta un toque en la cabeza como el árbol.

El grupo *La Industria* es el más alabado. En su país de usinas, donde los altos hornos son la línea familiar, como lo es el molino solemne en el paisaje holandés, el escultor ha mirado este grupo, desde la infancia. Cuando el espectáculo, por cotidiano, se ha hecho tatuaje en el ojo, se *escribe* sobre la greda como una estrofa sabida de memoria.

La composición llamada *La Cosecha*, tiene una bondad de égloga. La mujer que redondea la gavilla tiene, abrazada a ella como a un hijo, un gesto maternal. El hombre inclinado que recoge el haz, es también un padre de la tierra, y el horizonte de trigos, esa cosa inefable, cae sobre las figuras humanas como una bendición.

Estas composiciones de *La Mina* o *El Muelle*, irán reemplazando en los museos al

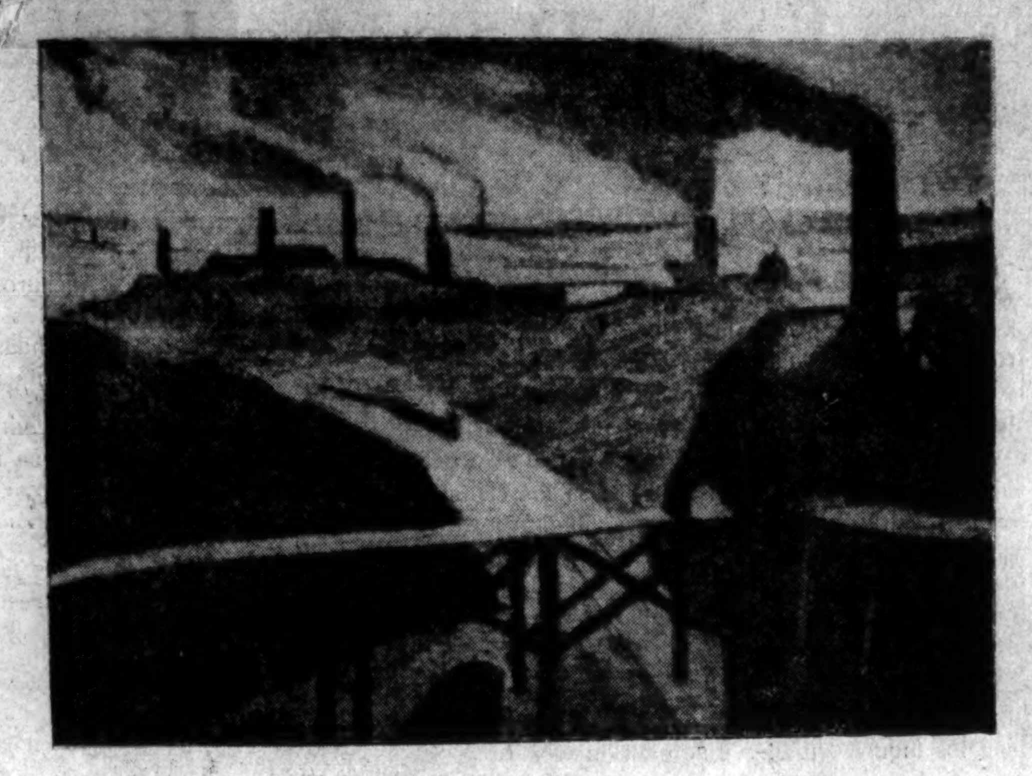
épico sangriento y aparatoso de los pintores de batallas. Yo confieso que en el cuadro de historia de esa índole, siempre admiro más a los caballos que a los soldados... Desnudos como la bestia, y no cubiertos, de cascos y petos, están los hombres de *La Industria* y la luz goza sobre los músculos de sus lomos y sus brazos.

Mientras estos bajorrelieves a la par que las individualizaciones que hemos señalado, no sean reunidos según el pensamiento unitario del escultor, la obra de Meunier aparecerá desarticulada como versículos de una Biblia. Es tarea de su pueblo juntarlos y dar al creador, cuyo espíritu se siente todavía caminar por Belgica, el gozo de su obra cumplida.

Pero si es verdad que Meunier hizo su carne valerosa sin intención partidarísta, también es verdad que valen por muchos discursos y conferencias estos bronces, para recordar al visitante ocioso del museo, que hay en la tierra pisada por sus zapatos blandos, zonas de infierno de donde sale el acero de su pequeño reloj. Nos recuerda Meunier que la realidad más evidente del rebaño humano, es ese trabajador, medio bestia y medio titán, bestia por el jadeo con que hace su faena y titán porque el trabajo equivale, en lo contemporáneo, a lo heroico antiguo.

Por este tiempo de creación en grande en que sus manos, como levadura, hinchan las gredas todos los días, se le encomienda un monumento a Zola. Esta obra quedó inconclusa; un día en que se levantaba para trabajar en ella, Constantino Meunier cayó muerto. El *Zola* que había empezado a hacer era, naturalmente, el de *Germinal* y *Fecundidad*, es decir, el Zola purificador. (Aunque quisiera purificar a veces con fermentos nauseabundos).

Así murió, entre su greda, sus yesos y sus cinceles, este transfigurador del trabajo, que era semejante a Miguel Angel por la melancolía.

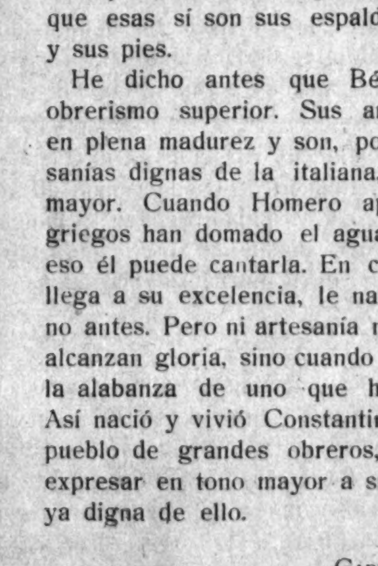


La zona sombría — *Au pays noir*

En una semana de Bélgica se pueden ver casi todas sus obras. Se entiende entonces lo que significa esta expresión tan gastada de *una obra*, y se siente un poco el orgullo de lo humano. Esto era, pues, decimos, ser un trabajador verdadero, ni más ni menos que esto.

A los cincuenta años, como un tartamudo que antes no hubiera pronunciado sino palabras incoherentes, se puso a decir su período entero. El alma bien madura pesa en la obra como la fruta madura pesa en la rama. Era el escultor completo, que poseía la técnica, pero además todos los otros dones: la voluntad, la verdad. Nada de técnicos ñoños que parecen una mano cortada, es decir, cinco dedos sin corazón y sin espinazo. Tampoco el corazón solo e insensato que borbotea un espumarajo sin cuajarlo. Es de la vieja raza que se va acabando, a menos que el Espíritu quiera retornar: la de los Donatello.

Dicen sus biógrafos que en los últimos diez años de su vida, Meunier tuvo la admiración cotidiana de Bélgica. Vivió diez años harto del amor y de la justicia de su gente. Eso no ha pasado. ¿Dónde no se encuentra, caminando por esta tierra de niebla, su recuerdo? En la biblioteca infantil, los niños leen como bajo la sombra de su *Minero inclinado*. En las oficinas del Ministerio del Trabajo, una por una, están o el *Pescador flamenco* o la *Maternidad*; el *Sembrador* echa su gesto sobre el parque botánico; una cabeza del escultor preside las asambleas del Partido Socialista Belga. Esta vez puede decirse que un pueblo merecía a su hombre, puesto que lo ha amado. El elogio que está por encima del de las monografías de arte, puede ser el siguiente: los trabajadores se reconocen en los tipos *Meunerianos* y dicen, mirándolos, que esas sí son sus espaldas, sus brazos y sus pies.



He dicho antes que Bélgica tiene un obrerismo superior. Sus artesanías están en plena madurez y son, por calidad, artesanías dignas de la italiana, para decir la mayor. Cuando Homero aparece, ya los griegos han domado el agua marina y por eso él puede cantarla. En cuanto una cosa llega a su excelencia, le nace el cantador, no antes. Pero ni artesanía ni oficio de mar alcanzan gloria, sino cuando han pasado por la alabanza de uno que honra alabando. Así nació y vivió Constantino Meunier, en pueblo de grandes obreros, y se puso a expresar en tono mayor a su raza, que era ya digna de ello.

GABRIELA MISTRAL

Bélgica, 1926.



La cosecha — *La moisson*

Página lírica

de Manuel Segura

Los sabaneros

La luna, poco a poco, en el confín distante,
asciende como una hostia de luz... Valle y camino,
recodo, árbol y piedra, emergen al divino
soplo con que comulga la noche en este instante,
tan claro y vaporoso como el cristal de un trino.

Silencio y paz. De pronto, irrumpen los centauros,
en la llanura: avanzan; avanzan a violento
galope, cual si hubieran el majestuoso intento
de revestir las frentes impávidas de lauros,
con la victoria extraña de sujetar el viento.

Son los guanacastecos, los ágiles, los fuertes,
en sus caballos siempre sedientos de infinito;
son los inquebrantables ginetes. Son el mito
que de improviso encarna, a través de cien muertes,
en estos hombres hechos de carne y de granito.
Son los guanacastecos, alegres, impetuosos,
en sus pegasos ebrios de olímpica bravura;
son los heroicos hijos del sol. La selva oscura
les ama y les promete sus senos misteriosos;
y como novia impúber les ama la llanura.

***

Tal un ciclón se aleja la turba insomne. Empero,
el más viejo de todos quédase rezagado
frente a la luna que orla de plata antigua el prado,
las copas, las distancias, las nubes... Prisionero
de una mano de rosa que surge del pasado.
Y en el recuerdo mírase correr por la maraña,
vibradoras las carnes, el corazón henchido,
las barbas de la bota con un silbante ruido
que corta el viento; y, flecha que se hunde en la montaña,
internándose en ella, triunfador y vencido:
pujante contra el toro; y allá, cabe la loma
que da al manglar del río, sumiso a la locura
de sentir en las manos, la mano suave y pura
de una mujer en cuyos arrullos de paloma
como estrella del alba la tentación fulgura.
¿Y ahora...? Ocaso, ensueño; quietud.
El sabanero
suspira; y estrechando la bestia, en las ijadas
ajusta las espuelas. Y hacia las hondonadas,
vuélvese tras el grupo distante; tan ligero,
que hasta las mismas horas se quedan retrasadas.

Torna el silencio. Asciende la luna en el celeste
confín, hipnotizando de luz la comba altura.
Un sosiego de frondas precave la llanura;
y en el arroyo, apenas se oye la nota agreste
del agua que en la noche, cuando sueña, murmura.

***

Oh, intrépidos centauros, alma guanacasteca,
heroicos como el viento, sensibles como el aire:
lo mismo que vosotros, mientras el sol desfleca
sus oros en los campos, adiestro mi donaire
en un pegaso; y nunca de sus andanzas vuelve
mi vida sino fuerte, —brazos y corazón...
¡Una ilusión de lucha como un cendal me envuelve;
y en pos de unas pupilas me lleva otra ilusión!

Ocaso peninsular

Anchuroso y solemne, mientras dora
el sol los altos picos, calla el río:
las frondas, abanícanle su hastío;
le cuenta un cuento de quietud, la hora.

Mar adentro, la nave pescadora
pone una mancha anémica en el brío
del mar, cuyo lejano desvarío
estalla en gestos de titán que implora.

A ras de las colinas, alba estrella
con que se enjoya el piélago, destella
sobre el tul vespertino como un broche...

Y hacia el reino ancestral de las barrancas,
tremulentas de luz las garzas blancas
salen en grupo a recibir la noche.

Agua clara

La aurora que sonríe
desde la alta montaña,
acércase al naranjo que tienes en el huerto
y prende en sus ramajes la claridad de su alma.

Mugen en los corrales
las tempraneras vacas;
y entre los primogénitos ruidos que se despiertan
vuelan como palomas las notas con que cantas.

Y, luego, cuando asomas
al pozo en donde lavas,
caer oyes en el fondo los toques matinales
de la parroquia, ¡sólo por refrescarse en tu agua!

Marimba

La tarde ha adornado
su organdí con frescos ramos de heliotropo:
perfume en la brisa, perfume en la tierra;
perfume en la frase tibia de los novios.

Lejos, la montaña
soñolienta abrígase con nublados de oro;
cerca, en las casucas, descansa el silencio
sobre las hamacas de oriental reposo.

¿Quién habla? ¿Quién ríe?
Llueve paz en todo...
Paz, olvido, algo que se va extendiendo
cual si se cubriese la tarde de moho.

La marimba entonces canta; y al conjuro
de sus claves salta la vida. Y el propio
silencio desata sus cabellos, calza
de sandalias de oro;
y por las callejas y por los caminos
danza, danza alegre; danza sin reposo
por huertos y campos,
trillos y recodos...
¡Como si el silencio
se volviera loco!

En Santa Cruz, Gte., Julio de 1926.

Los nuevos libros

Crítica Americana, por J. Francisco Villalobos

Encuentro en *Crítica Americana* la genuina apreciación sentimental de un hombre inteligente. ¿Sentimental he dicho? Quizá diría intuitiva.

Villalobos es un crítico, lo ha demostrado ahora, que no se conforma con la visión «de epidermis», como diría él. Villalobos ahonda en las entrañas de los artistas que estudia. Villalobos se sumerge en el alma de ellos mediante un inteligente desdoblamiento de su propio espíritu. Y a la manera de los poetas modernistas, «hondos por el valor del vocablo que emplean, no por el verso que miden, no por la estrofa que tallan, no por el poema que pulen», Villalobos prefiere la visión interna de esos poetas cuyo exclusivismo desaprueba, sin descuidar, como ellos, según él, la forma; y en su crítica intuitiva no se descubre nada que no sea belleza de la forma, verdadero estilo; hay precisión en los conceptos, cadencia sonora en las frases, aquitectura tallada y pulida en cada uno de sus capítulos de crítica, verdaderos poemas en prosa.

Sentimental o intuitiva, como quiera llamársele, por esa plausible actitud mental de interpretación interna, de convivio íntimo con los autores que estudia. A la manera de un profesor de ocultismo, al trasportarse al reino interno de cada artista, siente, en sí mismo, por contraste o por simpatía, las dolencias que aquejan o las virtudes que exaltan al artista. De ahí que muchos de sus latigazos nos parezcan, *a priori*, demasiado violentos; de ahí también que muchos de sus elogios nos descubran mundos para nosotros desconocidos. La naturaleza artística del crítico se ha sentido en exceso lastimada dentro de naturalezas artísticas más groseras que la suya; su temperamento ampliamente comprensivo le ha permitido gozar y entusiarmarse con las virtudes ignoradas de algunos nuevos temperamentos.

Así los capítulos de Crítica Americana: *El Conquistador español del Siglo XVI*, por R. Blanco Fombona; Rafael Estrada, su libro *Huellas*; *Serranías*, por Aníbal Reni; *El caricaturista Noé Solano*; *El libro de Rogelio Sotela*. Hermosos, verdaderamente hermosos y raros e interesantes capítulos de un hermoso libro... pero quizá no todos los capítulos de ese libro; quizá pondríamos otros muchos capítulos para formar el volumen de *Crítica Americana;* quizá habríamos puesto bajo el título un «Tomo primero; Costa Rica», y habríamos dejado a Blanco Fombona para un tomo aparte.

¿Dije que Villalobos se sentía lastimado, dentro de naturalezas más groseras que la suya? Debí singularizar: se siente lastimado, muy lastimado, al entrar tan sólo en la naturaleza de Rogelio Sotela. El libro de Rogelio Sotela, *Escritores y poetas de Costa Rica*, es todo lo mediocre que se quiera; no lo discutimos. Pero Sotela no es crítico; nunca se le ha reconocido nada como crítico. ¿Poeta? Ahí pudo habérsele encontrado con más propiedad. Bien está que el libro es el mejor esfuerzo que ha hecho Sotela; bien que pudiera, en efecto, llamársele «su libro»; bien que el capítulo de Villalobos se refiere precisamente a «El libro de Rogelio Sotela»; hemos querido hacer la acotación, aunque no nos lo permitan ni el título del estudio ni la verdad de las cosas, porque en un riguroso equilibrio podría desviarse un punto la aguja de la balanza.

Rafael Estrada

Costa Rica,
Junio de 1926.

única posible generadora de fuerza espiritual y material. Mi opinión sencilla es de que de esta América, bien organizada, ha de surgir la Liga de Naciones que presente un estandarte digno de seguirse, por humano, a los países viejos, de conducta corrompida por siglos de una civilización sin base sólida y de que Rusia, España e Italia son víctimas indefensas.

Antes de conocer el artículo de Diógenes de la Rosa había mi criterio interior comentado el Congreso Bolivariano. ¿Hubo un representante de la esclava Venezuela en ese Congreso? ¿En dónde está el respeto por la memoria del héroe, que así se profana? ¿Por qué no dar un nombre de fiel significación a lo que en el Congreso se realizó?

. . . .

De la Rosa ha hecho la más acertada apreciación de la mayoría de inválidos que asistieron. Prueba de la personalidad negativa que los anima, fué el fracaso de ideas que pudieron tener resonancia en el futuro de nuestra gran Patria.

Lamento que su constante afán de «hacer patria», la gran patria americana, sólo encienda o avive la luz guiadora en unos pocos, por la razón mezquina de ser tan pocos los lectores de su Revista.

Leyendo artículos de la vigorosa estructura que publica usted, palpa uno mejor la pasividad ambiente que nos intoxica, y de la que sería cura radical algo como una explosión del planeta, ya que hechos humanos no nos conmueven, o al menos, son tan pocos los sensibles y sensatos a quienes tocan.

Y respetuosamente soy,

Gris

San José, agosto de 1926.

Los obreros de Lima solicitan el *Repertorio*

BIBLIOTECA OBRERA

Lima, (Perú), 1.º de Agosto de 1926.

Compañero Director de la Revista
Repertorio Americano.

Estimado camarada:

Tenemos el agrado de dirigirnos a Ud. a fin de hacerle saber que hemos recibido con toda regularidad, hasta el número 20 del semanario que usted tan acertadamente dirige; el que, por su material de lectura, sociologica e instructiva, viene a ser un valor muy apreciable en nuestra sala de lectura. Es por esto que molestamos su atención, para pedirle nos siga mandando el Repertorio Americano, que es una luz más, para el cerebro de los trabajadores de ésta.

Reciba, pues, compañero Director, el reconocimiento de los trabajadores que componen esta Biblioteca, los que hacen votos por que esa Revista tenga muy larga vida para bien de los que de ella se nutren, y reciba también mis respetos, quedando como su atento y S. S.,

por la B. O.

Fernando García
Secretario.

Nota: Todo envío diríjalo a la Casilla de Correo No. 1563, Lima.

Carta

Estimado señor García:

He dejado de aspirar la esencia de mis rosas para infiltrar hasta los huesos ese perfume de humanidad de que está saturado su Repertorio de esta semana con los artículos de Cecilio J. del Valle, Tovar y Diógenes de la Rosa. De penetrante sabor hispano-americano, es altamente sugestivo el material que subrayo.

¿Tiene nuestra América ojos tan miopes que no alcancen la visión acertada de del Valle? Es la unificación de las Américas la

Flores Pequeñas

De don Juan Mackenna E., Encargado de Negocios de Chile en Costa Rica, he recibido—y se lo agradezco—un ejemplar de Flores Pequeñas, *de que es el Autor.*

Ha sido editado este libro en la Tipografía Alsina, con elegancia irreprochable, honrosa para las artes gráficas de Costa Rica.

Flores Pequeñas *es el título, como para decirnos su Autor que se presenta con un ramillete de escaso valor. Pero no es así: en el libro hay flores finas. La ingenuidad del Autor ya sería una de ellas. El Sr. Mackenna ama la belleza en las flores; siente el amor de las cosas humildes.*

Lo dedica a la memoria de Gustavo Adolfo Becquer, con lo que ya se gana al lector sensible. Hay simpatía y ternura en esa dedicatoria. Citas oportunas de Becquer, otras florecitas, exornan tal cual página del libro. El Sr. Mackenna ha hecho sustancia de su propio espíritu la dulce y perdurable poesía de Becquer. Eso basta para decir bien de un alma.

En prosa cuidada y estilo llano, el Autor da de sí lo mejor, lo que al ser suyo ha de ser memorable entre los suyos. De ahí la dignidad y la pulcritud con que presenta sus amables reflexiones al lector predispuesto. Para los que nos han comprendido y nos comprenderán... ha escrito el Sr. Mackenna sus prosas.

Me place la forma confidencial de reflexionar que tiene el Autor. Supongo que del trato frecuente con damas delicadas, se deriva ese tono confidencial. Digo, además, que el señor Mackenna se complace en trazar perfiles de damas bonitas, graciosas y cultas; finas de cuerpo y alma; superfinas, que diría don Juan Valera.

Del espíritu se sustenta el alma de la Patria y para que crezca, hay que ennoblecer a sus mujeres, refinarlas. Manos de damas adorables tejen la seda de los estandartes con que los caballeros cumplidos acuden a las empresas dignas de recuerdo. Sin tales damas, ni hay caballeros ni hay empresas superiores.

Los relatos breves son copiosos en esta obra. En ellos campean los conflictos inevitables en almas soñadoras e inconformes. Pero el señor Mackenna es de estirpe irlandesa y en sus relatos, los hombres saben sacrificarse, ser leales, proceder con dignidad. Las mujeres son suaves, nobles y bellas, capaces de sentir amistades cordiales y limpias. En unos y otros hay bondad, sentimientos de amor y de belleza que enaltecen y salvan.

Por el libro, es fácil darse cuenta de la idiosincrasia del señor Mackenna: hombre de mundo, viajero culto; hombre sensible y delicado, que tiene fe en los ideales y en la belleza de la vida; hombre de sentida piedad filial: para con la madre, para con la Patria.

Al editarse acá este libro, el Autor, en sus recuerdos, lo vincula a sus simpatías por Costa Rica. Lo que es de agradecerle

gm.

Agosto, 1926.

La evolución social de México

Nuestro insigne colaborador el doctor Enrique José Varona nos remite para su publicación en estas páginas, las cuartillas que escribió con motivo de la entrevista celebrada con el señor Hernán Rosales, culto periodista mexicano, redactor del gran diario *El Universal*, quien de paso por esta ciudad tenía el encargo de su periodico de interrogar a distintas personalidades de Cuba sobre la evolución social de México.

Cuba Contemporánea acoge con el más vivo interés la docta opinión de Varona acerca de la República hermana, que tan elocuente ejemplo de consciente nacionalismo ofrece a los demás pueblos de América.

Dice así el doctor Varona:

Un distinguido periodista mexicano me hizo en estos días las siguientes preguntas, y hube de contestarlas en la forma que verá el lector.

—¿Qué piensa usted de la evolución social mexicana?

—Que es un esfuerzo gigantesco, el primero en la historia de nuestra América, para elevar a todo un pueblo, a los millones de indígenas mexicanos, a un plano verdaderamente superior de civilización, en el orden material y moral. La mirada de los hombres inteligentes y sensibles no puede apartarse de una escena, donde, por primera vez, los educados y mejor provistos en el reparto de las ventajas sociales se dan clara cuenta de que un pueblo no puede ser en parte libre y en parte esclavo, en parte rico y en parte indigente, en parte culto y en parte inculto, si se quiere asegurar a los que conviven la paz necesaria, para hacer frente a la naturaleza no madre, sino madrastra del hombre.

—¿Cree usted en el latinoamericanismo?

—La frase me parece ambigua. No existe a mis ojos un espíritu común, una vista clara, siquiera, de la solidaridad de estos pueblos que debían estar mentalmente tan cerca unos de otros. Ahora mismo lo estamos presenciando con dolor en la costa del Pacífico, en esa herida sangrante de Tacna y Arica, abierta por el viejo espíritu de conquista. Pero si sus palabras indican un ideal distante, aunque asequible, creo que hay un latinoamericanismo, todavía larvado; si bien susceptible de gran desarrollo en el orden de las ideas y sentimientos, mediante instituciones que pudiéramos llamar anfictiónicas.

—¿Qué pudiera decirme de la actitud enérgica de los gobiernos revolucionarios mexicanos, ante las reclamaciones injustas de naciones poderosas?

—Después de mi manifestación del primer párrafo, no puede dudar usted de que apruebo y aplaudo la firme actitud del gobierno mexicano ante las exigencias de la diplomacia extranjera. Singular miopía hubiera de ser la de un cubano que no comprendiera que el grande esfuerzo de México para poner a salvo sus derechos de soberanía constituye una clara lección y ha de ser un precedente de inestimable valor para todas las naciones débiles, en la vecindad de Estados poderosos y nada escrupulosos.

Enrique José Varona

La Habana, 26 de marzo de 1926.

(Cuba Contemporánea, Habana).

Alegría del trópico

Primavera blanca de alegres fulgores,
primavera llena de aromosa luz...
Vienes a colmarnos de nuevos amores
con la aristocracia viva de tus flores
y el ensanchamiento de tu cielo azul.

Primavera blanca... Ya entre los ramajes
tus vientos enredan la sacra canción;
y exhalan perfumes todos los paisajes
y hay ruidos sonoros hasta en los parajes
que viven sin una caricia de sol.

Primavera blanca... Más claro está el río,
más verdes las hojas, más rica la mies,
más amplias las voces, más fresco el bohío;
más lírico el hondo pensamiento mío,
cual si floreciese dentro de mi sér.

Primavera blanca... Pueblanse de ensueños
el bosque y el prado que te ven pasar;
y anda en los callados patios hogareños
el presentimiento de unos pies pequeños
que en cuanto la luna brille danzarán.

Manuel Segura

En Santa Cruz, Gte., Julio de 1926.

El mapa estético de América

Intentábamos hace varios meses bosquejar el mapa estético de Europa; ensayemos ahora el mapa estético de América. Se trata de precisar zonas de manifestación del espíritu. Así como en lo físico, la tierra varía de aspecto y de clima y flora, también el pensamiento parece tener sus modos y sus regiones. Es indudable que determinadas maneras de pensamiento y de arte aparecen ligadas a ciertas constantes de territorio y de raza. En los continentes ya formados espiritualmente, en las zonas que ya dieron todos sus frutos, es fácil señalar rasgos característicos; pero al mismo tiempo, el exceso de producción, hace difícil distinguir una zona de otra; así vimos que hay en Europa pueblos como Italia, donde es difícil señalar una manera exclusiva de manifestación artística, a causa de que todas las posee la península privilegiada. Quizás llegue a ocurrir lo mismo en todas las zonas habitables, así que el tiempo y la historia hayan acabado de consumar sus faenas sobre la tierra. Pues, en efecto, no sólo sabemos que el hombre es, potencialmente, capaz para el arte en todas las latitudes; también sabemos que el hombre es capaz de ir superando la influencia del medio y de llegar a imponerle su propia norma. Esto quiere decir que todos nuestros mapas tendrán que ser provisionales, ¿pero cuál mapa no lo es, si la misma tierra está cambiando constantemente sus contornos; si los ríos y el mar y el terremoto y las lluvias, constantemente modifican la configuración terrestre? ¿Cómo no va a cambiar entonces, y con mayor rapidez aún, toda esa como atmósfera sensitiva en que se desarrollan las ideas y en que cuaja la emoción?

Contemos, pues, con que los mapas que forjamos no solamente han de ser imperfectos, por error de observación; lo serán también porque nunca lograremos detener el momento; porque todo lo que hoy anotemos, será únicamente, el instante de un devenir en perpetua integración y desarrollo. Con todas estas reflexiones por delante, procuremos, sin embargo, dibujar el contorno, de nuestro instante. Acaso nuestro esquema sirva de punto de partida para una serie de planos en que irá quedando marcado el proceso de las emociones y las ideas del continente. ¿Acaso no se habla tanto de escribir la historia de las ideas, como procesos relativamente impersonales? Emprendamos entonces la topografía espiritual de nuestro territorio americano. ¿Cómo se distribuye la emoción estética en nuestra zona del mundo?

Desde luego, habrá que marcar las regiones vacías. No sólo hablo de los desiertos de Alaska y de Arizona y del Bolsón de Mapimí; hay que marcar también los desiertos habitados; las regiones en que el pensamiento y la emoción todavía no se expresan o no se han expresado con caracteres propios; todavía no cuajan en alguno de los lenguajes de misterio y de símbolo que sirven para dar forma comunicable a los mensajes y palpitaciones de la conciencia: música, poesía, dibujo.

¿Se puede afirmar que ya ha dado algo de esto el Canadá?

Confieso mi ignorancia de la región. Sé que hay allá Universidades donde se piensa y centros de arte donde se cultiva la emoción; recuerdo las Bibliotecas de las ciudades canadienses y las Salas de Pintura a ellas anexas; salas ricas en esos paisajes de arboledas en campo de nieve, sobre fondo con tonalidades de aurora boreal, filtradas por entre los troncos altos y poderosos; y luego los ríos, abundantes y cristalinos, purificados por los meses de la congelación; hielo derretido que en Primavera corre, por entre verdes prados y bajo los bosques que impregnan el viento con vibraciones de desatada vitalidad. Hay material allí para el arte; pero según parece, todavía no se expresa, por allá, el arte en manifestaciones genuinamente vernáculas. ¿Saldrá de allá una literatura? ¿Una literatura como la que produjo la nieve en Rusia? Es probable, porque la cepa británica es vieja amiga de la letra impresa. No es probable que de allá salga, como sí salió de Rusia, toda una era de danza, porque los miembros tiesos del inglés, no podrán imitar la flexibilidad, ideal y voluptuosa de los rusos.

Llegamos, enseguida, a los Estados Unidos, conglomerado de razas que no se mezclan; por lo mismo, artes diversas que permanecen ajenas, una a la otra: Literatura en Nueva Inglaterra; literatura en California, y arquitectura. País de tradición y de montañas necesariamente se vuelve país de arquitectura. También arquitectura en Nueva York, a causa de las exigencias inmediatas del sitio. Desierto habitado del Middle West que todavía no produce voces que expresen su fecunda inmensidad. En seguida, bajando por el Sur, llegamos a las regiones habitadas por negros de la Luisiana y todavía antes por el Tenesee y empiezan a aparecer las canciones. La raza negra y el trópico empiezan a modular su melodía. En realidad el fenómeno musical se prolonga, estrechamente emparentado, hacia las Antillas y el Golfo de México, sólo que ya en la zona latina se enriquece con el aporte innumerable de las melodías arábigo españolas. Lo cierto es que podría señalarse como región favorable a la música, toda la zona baja y caliente del Golfo de México y el Mar del Caribe; tierras de canción que han dado en poco tiempo al mundo tres o cuatro estilos: el fox, el danzón, la rumba, y ya más abajo, por el otro extremo del trópico, la matchicha y el tango.

Si casi todas estas músicas, con excepción de las dos últimamente nombradas, son de una emotividad tan baja, que apenas se les puede catalogar entre las producciones del arte, no por eso deja de ser importante el dato de que ellas revelan una zona de producción musical. Los distintos bailes que de esas melodías se han derivado, marcan también un período vil de la conciencia. ¿Y cómo podría expresar de otro modo su pasión, una raza que como la negra de Estados Unidos, no se ha libertado espiritualmente? Han tenido que forzar la atención de las razas dominadoras, mendiante el gesto grotesco y la chanza burda; de allí todo ese baile de un mecanismo vulgar que emborracha y no embriaga, que sacude pero no conmueve.

La matchicha y el tango se producen en un medio donde no existe la separación rigurosa de las castas por el color de la piel y donde espiritualmente la unión de los hombres es más perfecta; de ahí que la música del Sur y los bailes que de ella se derivan, nos ofrezcan una esperanza mayor de desarrollo artístico. A tal punto que yo pondría baile en la región de nuestro mapa, que corresponde a Río de Janeiro y Buenos Aires. Si de alguna parte de América ha de salir una escuela de ballet comporable a la rusa, tendrá que venir de aquellas regiones, por motivos de medio, de herencia y de tradición. ¿Acaso hay mejor cepa de bailarinas que la mezcla de italiana con española o con polaca?

Será aquella del Sur, una civilización que se derrama, danzando.

Pero volvamos ahora a nuestro México. Por el Norte de México hay un desierto con varias islas. La primera isla es Chihuahua que tiene una hermosa catedral y ha producido a un orador y a un filósofo: Jesús Urueta y Porfirio Parra. Chihuahua está en medio y perdida en medio del desierto habitado de Sonora y Sinaloa y la misma zona rural de Chihuahua y todo el Norte de Coahuila y Nuevo León y Tamaulipas. Monterrey, que produjo a Servando de Mier y Saltillo por Ramos Arizpe y por Madero, son otras dos islas en el mar muerto de una vida espiritual que apenas comienza a balbucir en el «corrido» de la frontera.

La civilización mexicana comienza propiamente, con su flamante arquitectura, en Durango y en San Luis Potosí. En Durango, entendiendo por Durango, la zona que va hasta Mazatlán, la raza ha comenzado a cantar; Angela Peralta y Fanny Anitúa y Ricardo Castro, con las escuelas de música de Aguascalientes y de Lagos que ya anuncian la zona culta del Bajío donde el canto y la danza son hábito popular y creación de todos los días.

La zona de Guanajuato y las dos zonas más australes de Puebla y Oaxaca tienen que ser señaladas como zonas de arquitectura; la mejor arquitectura mexicana y por lo mismo, la mejor arquitectura del continente.

Luego tenemos el altiplano, las dos mesetas principales, la de Anáhuac y la de Jalisco. La claridad de la atmósfera, la finura y precisión de los perfiles, la armonía transparente de las tonalidades, todo esto ha de haber contribuído a hacer de estas regiones lugar favorable para el desarrollo de la pintura. La pintura mexicana, también la

mejor pintura del continente, es hasta hoy hija exclusiva de las mesetas. Nuestros pintores todavía no se atreven con el trópico. ¿Les falta quizás una técnica que esté a la altura de aquellas supremas bellezas? Hay que ver que sus colores y sus procedimientos proceden de una industria. como la industria europea, desarrollada en la anemia de los paisajes en tono menor de la tierra templada. El allegro de la pintura, todavía no lo realiza ningún pintor. Sólo el sol lo expresa en visiones magníficas todos los días, desde Veracruz hasta Río de Janeiro! Pero el hecho es que nuestro altiplano es zona de pintura, lo mismo que también son regiones de pintores: la meseta venezolana y la de Bolivia y Perú.

La meseta de Jalisco, sin embargo, es superior a la meseta de Anáhuac, en riqueza de producción artística. Aunque en Jalisco no ha cuajado la arquitectura, el dibujo y el baile, en cambio, junto con no sé qué afinamiento de todos los sentidos, hacen de aquella zona la más propicia del continente para vivir la vida conforme a un ritmo de belleza.

Oaxaca es más profunda y la selva del Sur contiene misterios que no hemos alcanzado a descifrar, pero hasta el instante presente, es en Guadalajara donde mejor podría observarse el temperamento artístico del mexicano. La única zona que promete baile, ¿se debe esta virtud a la ascendencia andaluza? En cambio, para baile hierático, que se hace todavía más emocionante a causa de la melodía ardorosa, hay que bajar a la región de Tehuantepec.

Y ya en el trópico estamos en pleno misterio. Las razas pretéritas dejaron en toda la zona cálida de Tabasco a Honduras y pasando por Yucatán y Guatemala, toda una colección de ciudades en ruina que autorizan a poner en nuestro mapa el título: artes decorativas; arquitectura; ¡quién sabe cuanto más hicieron aquellos indios de ignorada historia!

Ya para terminar y a fin de que no quede sumamente incompleto el esbozo, anotamos como región literaria, todas las Antillas y Colombia.

Por el extremo Sur, Chile, tiene ya literatura y la Argentina y el Brasil, van a tenerlo todo.

JOSÉ VASCONCELOS

(*El Universal*, México. D. F.)

Al Guadalquivir

¡Guadalquivir famoso! Ante tí siento
la sugestión suprema del pasado,
me abruma tu recuerdo, y azorado
se lanza en pos de tí mi pensamiento.

En el vago rumor del leve viento,
desde el Puente de Triana, embelesado,
escuchar me parece renovado
de tu epopeya el inmortal acento.

Y de tus aguas surgen arrogantes
las sombras de tus fieros navegantes,
persiguiendo quimeras otra vez;

Y mientras pasa la teoría gloriosa
la Torre de Oro se levanta hermosa
y tú le besas con amor los pies!

JUAN E. O'LEARY

Sevilla, junio 16 de 1926.

Al margen del telégrafo

Aun hay hombres que aman al género humano. Aun hay hombres en quienes la espontánea bondad de los sentimientos vence las sugestiones del interés y de la utilidad. Tal es el caso del señor JEREMÍAS SMITH, designado por la Liga de Naciones para fiscalizar las finanzas húngaras. Trabajó durante dos años en el desempeño de su ardua y eminente función, dos largos años, en que restableció, con su asidua tarea, el orden financiero de Hungría y provocó, invariablemente, con la consagración de su esfuerzo, la gratitud y la admiración del pueblo, en cuya vida apareció como representante de un poder extraño, y de la cual se aleja ahora como un amigo cuyo nombre no se olvidará. El Gobierno húngaro quiso gratificar sus servicios con cien mil dólares. No los aceptó el señor Smith. Prefiero—dijó—a la recompensa en dinero, la amistad del pueblo húngaro, pues los pobres de Hungría la necesitan más que yo. Considérelo—manifestó—como un regalo del pueblo norteamericano. Tampoco aceptó la devolución de los gastos que hizo en esos dos años, ni aceptó la condecoración oficial con que se intentó señalar públicamente sus méritos.

He aquí un hermoso gesto. Y hay que tener en cuenta que el señor Jeremías Smith no es rico. No es uno de esos formidables millonarios de Nueva York que pueden desparramar su fortuna con ostentosa comodidad. El señor Smith es un abogado de Boston, que no posee riqueza y que vive de su bufete. Llamado a servir en su especialidad a una Nación afligida por la crisis económica y por las vicisitudes de una reconstrucción difícil, estimó que no tenía derecho a la renumeración, sino que un deber de conciencia le obligaba a aplicar su pericia con un sentido superior de fraternidad. No es un ejemplo único, en estos tiempos confusos; pero es un ejemplo siempre, aquí y fuera de aqui, para los que creen que percibir beneficios de un Estado, propio o extraño, no es quitarlos a nadie. No es esta la creencia del señor Smith, y es porque el señor Smith es un espíritu de otra época; tiene alma y se guía por sus sentimientos, y de ahí que en el fondo sea mas rico que cualquiera de los grandes ricos para los cuales los cien mil dólares rechazados nada significarían, o significarían demasiado.

(*La Nación*, Buenos Aires).



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

¡Malpocado!

La vieja más vieja de la aldea camina con su nieto de la mano por un sendero de verdes orillas, triste y desierto, que parece aterido bajo la luz del alba. Camina encorvada y suspirante, dando consejos al niño, que llora en silencio.

—Ahora que comienzas a ganarlo, has de ser humildoso, que es ley de Dios.

—Sí, señora, sí...

—Has de rezar por quien te hiciere bien y por el alma de sus difuntos.

—Sí, señora, sí...

—En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprarte una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

—Sí, señora, sí...

—Para caminar por las veredas has de descalzarte los zuecos.

—Sí, señora, sí...

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las madreñas que choclean en las piedras del camino, y suspira bajo el manteo que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: va vestido de harapos; es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y pecosas; lleva trasquilada sobre la frente, como un siervo de otra edad, la guedeja lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz.

En el cielo lívido del amanecer aún brillan algunas estrellas mortecinas. Un raposo que viene huído de la aldea, atraviesa corriendo el sendero. Oyese lejano el ladrido de los perros y el canto de los gallos... Lentamente el sol comienza a dorar la cumbre de los montes, brilla el rocío sobre la hierba; revolotean en torno de los árboles, con tímido aleteo, los pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera; ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, despiértase como viejo camino de geórgicas. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte; mujeres cantando vuelven de la fuente, un aldeano de blancas guedejas pica la yunta de sus bueyes, que se detienen mordisqueando en los vallados: es un viejo patriarcal; desde larga distancia deja oir su voz:

—¿Vais para la feria de Barbanzón?

—Vamos para San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el mes de Santiago.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

Bajo aquel sol amable que luce sobre los montes cruza por los caminos la gente de las aldeas. Un chalán asoleado y brioso trota con alegre fanfarria de espuelas y de herraduras; viejas labradoras de Cela y de Lestrove van para la feria con gallinas, con lino, con centeno. Allá, en la hondonada, un zagal alza los brazos y vocea para asustar a las cabras, que se gallardean encaramadas en los peñascales. La abuela y el nieto se apartan para dejar paso al señor arcipreste de Lestrove, que se dirige a predicar en una fiesta de aldea:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El señor arcipreste refrena su yegua, de andadura mansa y doctoral.

—¿Vais de feria?

—¡Los pobres no tenemos qué hacer en la feria! Vamos a San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Ya sabe la doctrina?

—Sabe, sí, señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

En una lejanía de niebla azul divisan los cipreses de San Amedio, que se alzan en torno del santuario, oscuros y pensativos, con las cimas mustias, ungidas por un reflejo dorado y matinal. En la aldea ya están abiertas todas las puertas, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares se disipa en la luz como salutación de paz. La abuela y el nieto llegan al atrio. Sentado en la puerta, un ciego pide limosna y levanta al cielo los ojos, que parecen dos ágatas blanquecinas:

—¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganarlo!... ¡Dios vos otorgue que dar y que tener!... ¡Salud y suerte en el mundo para ganarlo!... Tantas buenas almas del Señor como pasan, ¿no dejarán al pobre un bien de caridad?...

Y el ciego tiende hacia el camino la palma seca y amarillenta. La vieja se acerca con su nieto de la mano, y murmura tristemente:

—¡Somos otros pobres, hermano!... Dijéronme que buscabas un criado...

—Dijéronte verdad. Al que tenía enantes abriéronle la cabeza en la romería de Santa Baya de Cela. Está que loquea...

—Yo vengo con mi nieto.

—Vienes bien.

El ciego extiende los brazos palpando en el aire:

—Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una oveja acobardada y mansa, ante aquel viejo hosco, envuelto en un roto capote de soldado. La mano amarillenta y pedigüeña del ciego se posa sobre los hombros del niño, anda a tientas por la espalda, corre a lo largo de las piernas.

—¿Te cansarás de andar con las alforjas a cuestas?

—No, señor: estoy hecho a eso.

—Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

—Donde no conozca, pregunto.

—En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes de responderme con otra. ¿Sabrás?

—En aprendiendo, sí, señor.

—Ser criado de ciego es acomodo que muchos quisieran.

—Sí, señor, sí.

—Puesto que has venido vamos hasta el Pazo de Cela. Allí hay caridad. En este paraje no se recoge una triste limosna.

El ciego se incorpora entumecido, y apoya la mano en el hombro del niño, que contempla tristemente el largo camino y la campiña verde y húmeda, que sonríe en la paz de la mañana, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos, desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules, y la nieve en las cumbres. A lo largo del camino, un zagal anda encorvado segando hierba, y la vaca de trémulas y rosadas

ubres pace mansamente arrastrando el ronzal. El ciego y el niño se alejan lentamente y la abuela murmura enjugándose los ojos!

—¡Malpocado; nueve años y gana el pan que come!... ¡Alabado sea Dios!...

Ramón del Valle Inclán

España.

Hylas

Hylas, efebo de la edad heroica, acompañaba a Hércules en la expedición de los Argonautas. Llegadas las naves frente a las costas de la Misia, Hylas bajó a tierra para traer a sus camaradas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente calma y límpida. Se inclinó sobre ella, y aun no había hecho ademán de sumergir bajo el cristal de las aguas la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron, rasgando el seno de la onda, y le arrebataron, prisionero de amor, a su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron a buscarle, así que advirtieron su tardanza. Llamándole, recorrieron la costa y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no parecía; las naves prosiguieron con rumbo al país del áureo vellocino. Desde entonces fué uso en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor salir a llamarle al comienzo de cada primavera, por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba a ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prusium: «¡Hylas! ¡Hylas!», clamaba. Agiles pasos violaban misterios de las frondas; por las suaves colinas trepaban grupos sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas: ¡«Hylas! ¡Hylas!», repetía el eco en mil partes, y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas y los pechos palpitaban de cansancio y de júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnaldas trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol, acababa, sin fruto, la pesquisa. Pero la nueva primavera convocaba otra vez a la búsqueda del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles para correr los prados y los bosques, generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: «¡Hylas! ¡Hylas!» Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero de generación en generación se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven; la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de esta fiesta ideal se reanimaba con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la esperanza de una venida milagrosa.

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó una vez por año en el viento de la primavera: «Hylas! ¡Hylas!»

Exista el Hylas perdido a quien buscar, en el campo de cada humano espíritu; viva Hylas para cada uno de nosotros. Pongamos que él no haya de parecer jamás: ¿qué importa, si el solo afán de buscarle es ya sazón y estímulo con que se mantiene el halago de la vida?

Un supremo objeto para los movimientos de nuestra voluntad; una singular preferencia en el centro de nuestro corazón; una idea soberana en la cúspide de nuestro pensamiento..., no a modo de celosas y suspicaces potestades, sino de sueños hospitalarios y benévolos, a cuyo lado haya lugar para otras manifestaciones de la vida que las que ellos tienen de inmediato bajo su jurisdicción; aunque, indirecta y delicadamente, a todas las penetren de su influjo y las usen para sus fines.

Ya por el moroso Idomeneo supimos cómo la perseverancia en una alta idealidad, cómo el fervor de un gran designio, puede hermanarse con un tierno interés por las demás cosas bellas y buenas que abarca la extensión infinita del mundo.

José Enrique Rodó

(Motivos de Proteo).

Bibliografía titular

Los libros recibidos en la semana

Relaciones Exteriores

La Costa Mosquitia y el Archipielago de San Andrés y Providencia. (Controversia entre Colombia y Nicaragua). Demostración del derecho de dominio de Colombia sobre esos territorios y Refutación de los folletos de la Cancilleria Nicaragüense, de junio de 1925. San José de Costa Rica. Imp de M.ª v. de Lines. *(Donación, de la Legación de Colombia en Centro América).*

La Dictadura en Panamá. Palacios y el Congreso Panamericano de Panamá. Edición de la Revista *Sagitario.* La Plata. Rep. Argentina. 1926.

Finanzas

Memoria de la Secretaria de Hacienda y Comercio. Tomo I. 1925. San José de Costa Rica. *(Don. de la S. de H.)*

La Deuda Exterior de México. México. D. F. 1926. *(Don. de la S. de H. y C. P.)*

Educación

Colley F. Sparkman: *Games for Spanish Clubs.* New York, 1926. *(Don. de la Columbia University* Press. 2960 Broadway, New York City). Y vale $ 1 oro am.

Escuela de Verano. Cursos para estudiantes mexicanos y extranjeros. Quinto y Sexto años. México. 1926.

Folklore

Luis Dobles Segreda: *Caña Brava.* San José de Costa Rica. 1926. *(Don. del Autor).*

Ciencias Naturales

Clemente Onelli: *Aguafuertes del Zoológico.* Pedro García, editor. Buenos Aires. 1925. *(Don. de E. Morales).*

Higiene Pública

Solón Núñez F.: *La fiebre tifoidea.* San José de Costa Rica. *(Don. de la S. de H. y S. P.)*

Abuso de la antigenesia, por L. I. Dublin. Ediciones de la Unión Panamericana. Wash. D. C.

Agricultura e Industrias

Owen D. Young: *El problema de electrificar la granja.* Ediciones de la Unión Panamericana. Wash. D. F.

Medicina

Dr. Diego Carbonell: *Problemas de hoy y de mañana.* Caracas. 1926.

Ingeniería

Primer Congreso Panamericano de Carreteras. Buenos Aires. 1925. Acta General y anexos. *(Don. de la Legación de la Rep. Arg. en C. A. y Panamá).*

Colecciones literarias

Ediciones Colombia. — Director: German Arciniegas. Apartado 491. Bogotá:

Vol. 10. — *Pasando el rato,* por Tomás Rueda Vargas.

Vol 11.—*El tonel de Diógenes,* por Enrique Restrepo.

Vol. 12.—*El libro del veraneo.* Cuadros de costumbres. Cuentos. Crónicas.

Vol 13.—*Ligia Cruz* y *Rogelio,* dos novelas, por Tomás Carrasquilla.

Vol. 14.—*En las tierras del oro,* por Roberto Botero Saldarriaga.

Vol 15. — *La literatura colombiana,* por Antonio Gómez Restrepo.

Vol. 16. — *Las conversaciones del Papa Rico,* por Agustín Nieto Caballero.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica